

CIENFUEGOS

GUIA DE DESTINOS

MELIÃ HOTELS
INTERNATIONAL
CUBA

ÍNDICE



01

02

03

04

05

06

07

08

09

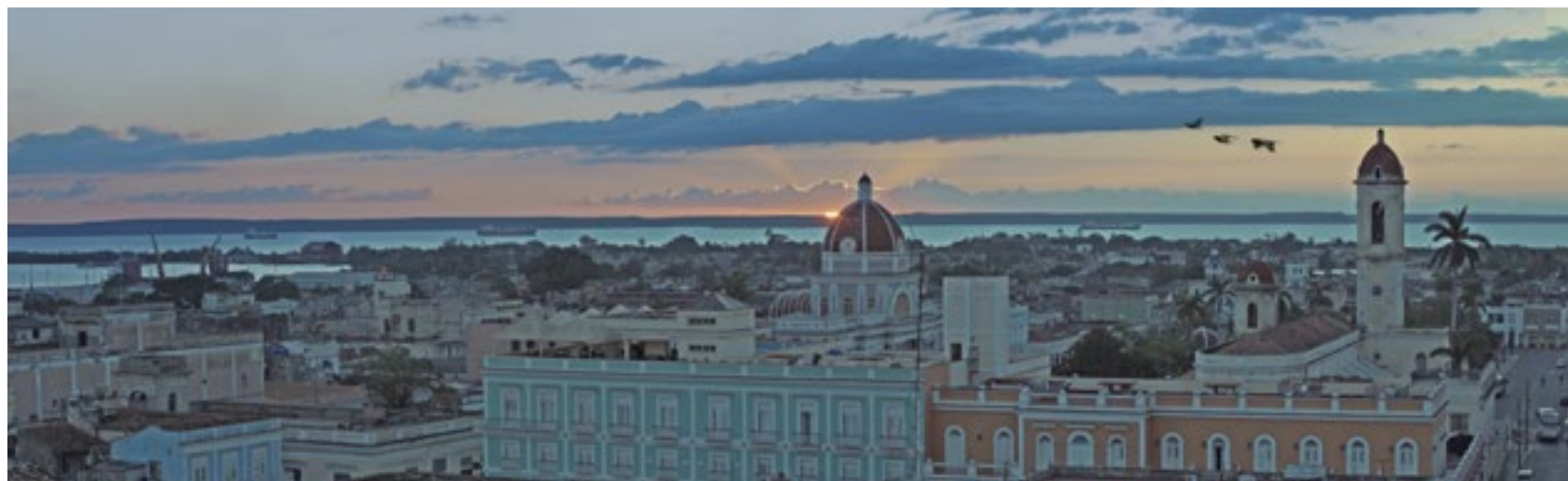
10



INTRODUCCIÓN

Cuando en 2005 la UNESCO declaró el centro histórico de Cienfuegos Patrimonio de la Humanidad, tuvo en cuenta numerosas razones. Pero una de las que tuvo más peso fue que la ciudad era el “primer y excepcional ejemplo de un conjunto arquitectónico representativo de las nuevas ideas de modernidad, higiene y orden, en el planeamiento urbano desarrollado en América Latina del siglo XIX”.

Cienfuegos es una ciudad de estilo neoclásico distinta a todas las demás de Cuba y América. Ello en parte se debe a su tardía fundación (1819) por colonos franceses, cuando Cuba se hallaba todavía bajo la dominación española. En su declaratoria, la UNESCO destaca que su arquitectura, neoclásica en un principio, evolucionó hacia formas más eclécticas sin que por ello el paisaje urbano perdiera nunca su armonía de conjunto, y señala entre sus edificios más notables el Palacio de Gobierno, el Colegio San Lorenzo, el Obispado y el Palacio Ferrer, y entre las joyas de estilo neoclásico del siglo XIX el Teatro Tomás Terry, el Casino Español, la Taberna Palatino y el Palacio Blanco, que también es Monumento Local, la Casa de los Leones, la casa-almacén del comerciante español



José García de la Noceda, el edificio de la Aduana y el hotel “La Unión” -donde se hospedaron figuras como la mítica bailarina Ana Pavlova o el Capitán General Arsenio Martínez Campos, una instalación legendaria en Cienfuegos, que en estos momentos administra Meliá.

Pero junto a la riqueza patrimonial de sus construcciones, está la historia, la cultura y las singulares tradiciones y leyendas cienfuegueras, muchas de las cuales datan de antes de la conquista española. En las aguas de la fabulosa bahía de Jagua, que baña la ciudad, existía el cacicazgo siboney de igual nombre, donde el origen del hombre fue fabulado en la famosa leyenda de Guanaroca, que nos cuenta como de las lágrimas de la primera mujer siboney ante la pérdida de su hijo nacieron los ríos, los peces y los cayos que forman hoy la bahía cienfueguera.

A este lugar llegaron a comienzos del siglo XVI el Adelantado Diego de Velázquez y sus hombres, y de aquí salieron los conquistadores en 1514 a fundar las villas de Trinidad y Sancti Spíritus y, un día de la Asunción, Fray Bartolomé de las Casas a pronunciar su famoso sermón del arrepentimiento, después

del cual regresó a España y dedicó su vida a defender los derechos de los indios. En 1745, mucho antes de la fundación de la ciudad -toda una rareza-, Cienfuegos tuvo una fortaleza defensiva, la de Nuestra Señora de los Ángeles de Jagua, y no cualquier baluarte, sino el tercero en importancia de la isla, tras la fortaleza de los Tres Reyes Magos del Morro La Habana y del castillo de San Pedro de la Roca Santiago de Cuba.

Cienfuegos es la única ciudad del país que tiene un arco de Triunfo, en su teatro Tomás Terry cantaron figuras como Caruso, en sus campos de batalla durante la guerra de independencia cayeron figuras como el oficial mambí Henry Reeve, por su procedencia norteamericana apodado el Inglesito, y también en tierras cienfuegueras comenzó su carrera el más grande cantante cubano, el Bárbaro del Ritmo, Benny Moré.

01

LOS PRIMEROS POBLADORES



Cienfuegos no sería Cienfuegos si no existiera el mar. Es el mar y su abrigada bahía la que atrajo a la zona a los primeros pobladores indígenas y después a los conquistadores españoles, y son esas mismas aguas las que dan hoy carácter a esta ciudad afrancesada, única en Cuba por su arquitectura y urbanismo, declarada por ello en 2005 Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO.

Cienfuegos tuvo sus colonizadores españoles y sus fundadores franceses, pero antes acunó en sus aguas mansas a aborígenes siboneyes del antiguo cacicazgo de Jagua, asentados en las riberas de esta espléndida bahía

de bolsa de 88 km² y un estrecho y protegido canal de entrada, que deslumbró a Sebastián de Ocampo al bojear la isla de Cuba en 1509.

A Cuba los primeros en llegar fueron los guanajatabeyes y luego los pacíficos siboneyes, inmigrantes amazónicos salvajes que viajaron a la isla en canoa a través del puente de las Antillas Menores, con su cultura de conchas, caracoles y pequeños moluscos que les sirvieron de base alimentaria y configuraron su ajuar. Tenían los siboneyes ciertos conocimientos agrícolas y trabajaban una alfarería muy primitiva, pero su cultura era muy inferior a la de los indios taínos, ceramistas, artesanos textiles, fabricantes de

ídolos fálicos y ralladores de yuca, que llegaron después a la isla y se instalaron en el oriente de Cuba sojuzgando al siboney.

Algunos de los siboneyes afincados en los mares del sur del centro de la isla dieron origen al cacicazgo de Jagua, y fueron ellos los que dieron origen a la fabulación de las primeras leyendas de la zona, como la de [Guanaroca](#), en la que peces, tortugas y las lágrimas derramadas por la primer mujer siboney ante la pérdida de su hijo, Imao, se transformaron en la laguna de Guanaroca y en los ríos, penínsulas, cayos y lagunas de la fabulosa bahía de Jagua, en cuya ribera se fundó Cienfuegos en 1819.

02

COLÓN, DIEGO DE VELÁZQUEZ Y FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS



Hacia 1494, durante su segundo viaje a América, Cristóbal Colón se detuvo y proveyó de agua y leña en la bahía de Jagua a las carabelas La Niña, La Juana y La Cordero, ofreciendo a Europa las primeras noticias del lugar, al que nombró Puerto de Misas. En 1509,

Sebastián de Ocampo realizó el primer bojeo completo a la isla y durante su larga navegación descansó también un tiempo en uno de los cayos situado en el interior de la fabulosa enseada (el actual Cayo Ocampo), para después informar al rey de España que "... este puerto que sus habitantes llaman Jagua es de los mejores y más seguros para mil naos que se puedan hallar en el mundo".



La isla Española era entonces el centro del Nuevo Mundo. Allí se habían repartido las primeras encomiendas, el primitivo sistema de producción de la colonia basado en la servidumbre de los indios, y ya para 1511 su Gobernador, Nicolás de Ovando, había

enviado a Diego de Velázquez como Adelantado para la conquista y colonización de Cuba. En aquella expedición participaron 300 hombres, incluidos Hernán Cortes, Pedro Alvarado, Juan de Grijalva y como capellán Fray Bartolomé de las Casas, que había sido encomendero en La Española y después se convertiría en el gran defensor de los derechos indígenas.

Desde Jamaica se unió a este grupo Pánfilo de Narváez, uno de los responsables de la famosa [matanza de Caonao](#), población cercana a la actual Camagüey, en la que cientos de indios fueron masacrados por los conquistadores en un episodio que relató crudamente Las Casas en su "Brevisima relación de la destrucción de las Indias".

La primera villa fundada en Cuba por Velázquez en el verano de 1511 fue Nuestra Señora de la Asunción de Baracoa, en el extremo nororiental de la isla, a la que siguió San Salvador de Bayamo. En su afán conquistador, después de vencer la resistencia indígena y de quemar en la hoguera al cacique indio Hatuey, Velázquez y sus hombres avanzaron hacia el occidente de la isla y de nuevo recalaron en la bahía de Jagua.

Pese a las excelentes condiciones naturales de la bahía de Jagua y a la fertilidad de sus tierras, el oro que había allí no era mucho y se descartó crear en aquel cacicazgo siboney una villa. Sin embargo, fue desde allí que



Velázquez ordenó a sus hombres salir a fundar Trinidad y Sancti Spíritus, en 1514, ante las mejores perspectivas de encontrar allí lavaderos de oro, expectativas que luego resultaron falsas.

[Fray Bartolome](#) había escuchado en La Española las prédicas del dominico

fray Antonio de Montesinos censurando la conducta de los conquistadores respecto del maltrato de los indígenas, pero siguió defendiendo la institución de la encomienda y por su participación en la colonización de Cuba le fueron otorgadas tierras e indios cerca de la desembocadura del río Arimao, en la bahía de Jagua.

Fue precisamente allí donde Las Casas tomó conciencia de lo injusto del sistema impuesto por los colonizadores, y desde Jagua salió, el 15 de agosto de 1514, día de la Asunción, a la edad de treinta años, a pronunciar su famoso [sermón del arrepentimiento](#) en el que renunció públicamente a su encomienda e inició su lucha en defensa de los indios en la recién fundada villa de Sancti Spíritus, lugares históricos que hoy se pueden visitar y que en si mismos constituyen una ruta única.

03

LOS PRIMEROS COLONOS Y PIRATAS



Tras la partida de Fray Bartolomé de las Casas, andando el tiempo se asentaron en paz en las riberas de la bahía de Jagua nuevos colonos españoles. La agricultura, la pesca y la ganadería eran recursos seguros, también las maderas preciosas que abundaban en el lugar y que siglos después servirían para fabricar y reparar barcos y para construir las señoriales mansiones de La Habana, Trinidad y, más allá, allende los mares, incluso para ennoblecir algunos aposentos y techos del Palacio Real en Madrid.

Los emparejamientos de colonizadores e indígenas no eran extraños. En un momento inicial, los gobernadores de La Española y de Cuba hasta alentaron a los nuevos colonos para que contrajesen nupcias con hijas o familiares de los caciques principales con el fin de expandir las alianzas e incrementar el patrimonio con las tierras que poseían.



Uno de estos primeros colonos españoles fue José Díaz, quien habitó en el lugar que hoy ocupa el hotel Jagua. En su rancho, según la leyenda, dio cobijo a una misteriosa mujer que dejó a su cuidado un pirata y que a los pocos meses fue madre de una hermosa niña llamada [Azurina](#).

Otro español, de nombre Lope, se unió hacia 1528 con una hermosa siboney con la que tuvo una hija a la que llamaron

Mari, y que dio origen a la leyenda de [Marilope](#), de la cual es símbolo la flor amarilla de intenso tono de azufre, conocida por ese nombre, típica de la región sureña donde nace silvestre en terrenos pedregosos y secos.

Ambas historias, reales o fabuladas, dieron lugar a dos de las más hermosas leyendas coloniales de la bahía de Jagua, y no es casualidad que en las dos tuvieran que ver también piratas y corsarios que se refugiaron en tan abrigada bahía o que, incluso, se establecieron temporalmente en los cayos de su interior.

En 1554 Jacques de Sores, Francis Drake en 1586, junto con John Morgan, Jean el Temerario y Gilberto Girón fueron, cada cuál en su tiempo, famosos piratas visitantes de la bahía de Jagua. Con ellos comerciaban los activos habitantes de la comarca, contrabandeando así sus productos que carecían de otra salida por la política restrictiva de la metrópoli.

No pocos creen que en lugares del litoral como el Caletón de Don Bruno, en el Jucaral, al oeste de Cayo Carenas, los piratas hicieron enterramientos de fabulosos tesoros procedentes de sus rapiñas, pero hasta el presente no han sido hallados.

04

LA FORTALEZA NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES DE JAGUA

Curiosa es la historia de Cienfuegos, que tuvo fortaleza en su enorme bahía sin tener aún ciudad, y no un simple fuerte o bastión defensivo, sino la tercera en importancia de la isla, después de los castillos de los Tres Reyes Magos del Morro y de San Pedro de la Roca, en La Habana y Santiago de Cuba, respectivamente, los tres declarados Monumentos Nacionales.

Desde finales del siglo XVI habían empezado a consolidarse en la región perteneciente a la villa de Trinidad las bases de una economía sostenida en la ganadería y el cultivo del tabaco, y, en el siglo XVIII, comenzaron a adquirir importancia la cera, la madera y el azúcar, destinadas a una inestable comercialización practicada ilegalmente entre los vecinos y contrabandistas extranjeros que utilizaban la bahía a su antojo por la



ausencia de atención por parte de la metrópoli. A lo largo de su historia hubo diferentes intentos para fortificar el lugar, todos infructuosos, y la situación no comenzó a cambiar hasta 1735, cuando se promulgó una Real Orden autorizando

de una sólida construcción en piedra, de estructura cúbica, con dos niveles, un foso perimetral con un puente levadizo y un torreón terminado en una cúpula semiesférica que semeja un ojo alerta sobre las aguas siempre tranquilas. La

el envío de tropas para defender las costas. Por fin en 1742 se decidió acometer la edificación de la fortaleza Nuestra Señora de los Ángeles de Jagua, obra que fue dirigida por el ingeniero militar francés Joseph Tantete, llegado a Cuba en 1732, que la terminó en 1745. El ingeniero Tantete se mantuvo luego en Cuba y llevó a cabo diversas obras, entre ellas, la columna conmemorativa erigida en La Habana en lugar de la ceiba en 1754, y aún conservada en el Templete.

Enclavada en una pequeña altura de su orilla occidental, a la medianía del estrecho cañón de la entrada, se trata

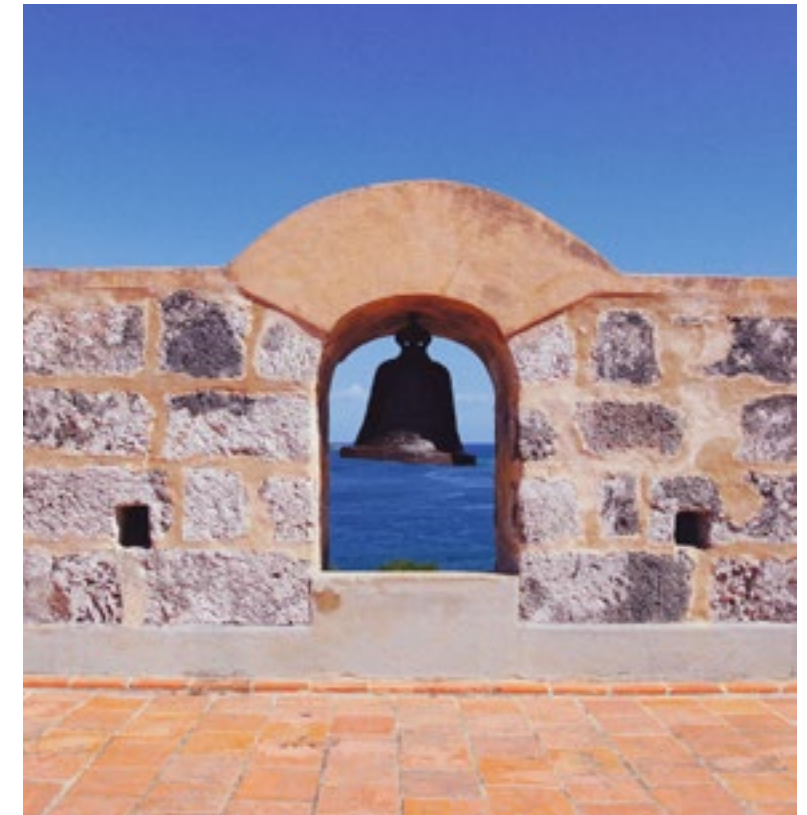


fortaleza está protegida por una alta muralla que oculta el nivel inferior, que contiene un patio central y dos garitas en los ángulos de la plataforma de tiro que miran al mar. Todo ello al estilo del prestigioso ingeniero francés Sebastián Le Pestre Vauban, que instrumentó su propio sistema de fortificaciones conocido como de Vauban, que establece la armónica relación entre paisaje, topografía y formas geométricas.

El castillo fue dotado con diez cañones de diverso calibre, suponiendo que eran bastantes para ahuyentar a los buques piratas. Pero no se contó que éstos disponían de pequeñas embarcaciones, y que podían introducirse dentro de la extensísima bahía por una de las bocas del Arimao, río que tiene dos brazos, uno que desagua en el mar y otro, conocido por “Derramadero de las Auras”, que se dirige a la Laguna de Guanaroca, y comunica por un estero con la bahía. Y sucedió que a pesar del Castillo y de sus cañones, los atrevidos piratas seguían haciendo de las suyas con toda impunidad en la bahía, continuando en sus fechorías sin correr grandes peligros. Para cerrarles aquel camino, hubo de construirse una empalizada -de la que todavía quedan vestigios- que cubría el “Derramadero de las auras”, logrando así verse al fin libre la bahía de las periódicas e inconvenientes visitas de los piratas.

En 1762 el castillo ocupó un relevante lugar en la historia de Cuba, al convertirse en punto de concentración de barcos y destacamentos militares españoles disponibles en el interior de la isla, para desde allí salir a reconquistar La Habana, tomada por los ingleses. Así este territorio se convierte de hecho en baluarte del mando militar español hasta que un año después se retiran los invasores tras convenios con España, que prefiere prescindir de la Florida, pero no de la capital de Cuba.

El primer Comandante de la fortaleza fue Don Juan Castilla Cabeza de Vaca, que además de militar fue hombre de negocios y de iniciativa y fomentó el primer ingenio de azúcar en Jagua, que se estableció en terrenos de la hacienda “Caunao” con el nombre de “Nuestra Señora de la Candelaria”, a una legua de la bahía. Casi desde el mismo momento de su construcción el castillo estuvo rodeado de leyendas, la más famosa de ellas la del fantasma llamado la [Dama Azul](#).



05

LA FUNDACIÓN DEL POBLADO Y LA VILLA

Tuvieron que pasar 75 años desde la construcción del Castillo de Jagua hasta que, por fin, naciera la ciudad un 22 de abril de 1819, fundada por colonos procedentes de Burdeos, bajo el mando del teniente coronel Don Luis De Clouet y Favrot, de origen frances. Se convirtió, así, en la única ciudad de América que bajo la Corona Española fue soñada, diseñada y fundada por franceses, un sello que, por su creación e imagen, la convierte en la ciudad más afrancesada de Cuba.

En 1798 los hermanos Félix y Francisco Lemaur, ingenieros militares que integraban la llamada Comisión Mopox (1796-1802), hijos del célebre Carlos Lemaur, ingeniero militar francés al servicio de monarca Carlos III, habían diseñado el primer plano para fundar una ciudad portuaria y un astillero en la península de Majagua de la bahía de Jagua, una propuesta que Honorato de Bouyón, comandante



de ingenieros y brigadier del Real Apostadero de Marina de La Habana, retomó en 1816. Antes, entre 1800 y 1804, Alejandro de Humboldt había reconocido en sus estudios sobre Cuba el pobre desarrollo económico de la bahía y el relativo aislamiento de su escasa población.

En 1817 se firmó el Tratado Internacional que establecía la supresión del tráfico trasatlántico de esclavos, uno de los motivos que llevó al Capitán General José Cienfuegos Jovellanos y al Intendente Alejandro Ramírez a promover el cultivo de la tierra a pequeños propietarios blancos capaces de autoabastecer a Cuba. El Obispo Espada -Juan José Díaz Espada y Fernández de Landa- también respaldaba estas ideas que sostenían la propuesta presentada por De Clouet.

Don Luis Juan Lorenzo De Clouet era un oficial nacido en Burdeos, Francia y radicado en Louisiana. Agregado



en 1818 al Estado Mayor de La Habana, presentó al Capital General José Cienfuegos y al intendente Ramírez, el 1 de enero de 1818, la proposición de fundar una colonia en la bahía de Jagua. Un año antes, valiéndose de sus altos grados como masón, había fundado en La Habana la primera Cámara de Altos Grados Masónicos que existió en Cuba.

El 8 de marzo de 1819 De Clouet formalizó la contrata de la colonización blanca con el Capitán General y su Intendente, basados en la Real Cédula de 21 de octubre de 1817. En la propuesta de fundación, De Clouet presentó un presupuesto detallado que ascendía a 162 mil pesos. En el mismo se incluían gastos de transportación e instalación de los colonos, alimentación y compra de aperos de labranza.



En abril llegó a la bahía de Jagua y se estableció en el sitio Hurtado, cercano a las márgenes del río Salado, junto a 4-6 colonos franceses, el médico Domingo Monjenié y el agrimensor Domingo Dubroct. Allí se instalaron en chozas abandonadas y en ocho tiendas de campaña y comenzaron a trazar los primeros planos. El 19 de abril llegó hasta allí Don Agustín de Santa Cruz y de Castilla, convenciendo a De Clouet de ubicar la población en la Península de Majagua, lugar que era propiedad de su esposa, Antonia Guerrero, quien lo ponía a su disposición.

El 22 de abril de 1819, De Clouet tomó posesión de las tierras en nombre de Su Majestad el Rey de España, ante los vecinos que le escuchaban arrodillados bajo un frondosa majagua, el legendario árbol que en las leyendas siboneyes estaba asociado a la infidelidad. Dijo a los colonos que consideraran estas tierras como su única patria, invocando el favor divino y pidiendo el acatamiento de las órdenes del Rey. Posteriormente dijo el lema: Fé, Trabajo y Unión.



A partir de la vieja majagua, el alférez Boullón Turner trazó la primera manzana de la población, que continuó creciendo con el mismo trazado rectilíneo a medida que llegaban sucesivas oleadas de familias francesas residentes en New Orleans, Filadelfia y Baltimore.

El acta fundacional recogió la decisión conjunta de ponerle como nombre Fernandina de Jagua, el cual cambió definitivamente el 20 de mayo de 1829, cuando el rey le concedió el título de villa y le dio el nombre de Cienfuegos en honor de don José Cienfuegos, capitán general de la isla. A Cienfuegos le fue concedido el título de ciudad por real orden del 10 de diciembre de 1880, considerando "el aumento de su población, el progresivo desarrollo de su riqueza agrícola e industrial y la importancia de su puerto marítimo".



06

CIUDAD MONUMENTO



Cienfuegos es un ejemplo excepcional dentro del urbanismo hispanoamericano durante el siglo XIX. Su elegante y perfecto trazado en forma de damero, que se extiende por todo su perímetro urbano, constituye un exponente excepcional de la cultura neoclásica, al que se le suma la riqueza monumental de sus espacios públicos y edificaciones de diferentes estilos, incluidos magníficos ejemplos de arquitectura ecléctica, art déco y del movimiento moderno), todos generadores de una homogeneidad constructiva que define el alto valor urbano y arquitectónico del conjunto. Trasciende Cienfuegos por sus elegantes y modernas líneas de fachadas corridas, a manera de bloques sin portales, a excepción del entorno de plazas y paseos.

La presencia de espacios públicos cualificados como la antigua Plaza de Armas (actual Parque José Martí), núcleo fundacional de la ciudad y considerada como la más bella del país; el Paseo del Prado, columna vertebral del conjunto y su animado boulevard San Fernando y el Paseo Peatonal Santa Isabel, constituyen los escenarios principales del palpitante y el intercambio social del cienfueguero. Especial atención merecen las edificaciones puntuales que como hitos emergen con luz propia, nos referimos al Teatro Tomás Terry, la Catedral, el Palacio de Gobierno, la Casa de los Leones, el Palacio de Blanco, el antiguo Liceo, la Aduana, los dos cementerios, el Palacio García de la Noceda y el Ferrer o el hotel La Unión, que distinguen al conjunto y se integran





a su armonía constructiva y ambiental. De gran significación resultan sus palacetes y el concierto de torres miradores, cúpulas, frontones, que perfilan la imagen citadina, elementos identitarios por excelencia, que sobresalen en el extenso patrimonio construido y califican el conjunto urbano.

La ciudad constituye un inigualable conjunto de valores estrechamente relacionados con el mar, verdadero protagonista de su riqueza e identidad física y espiritual de los cienfuegueros. De ahí que sea reconocida nacional e internacionalmente como la Linda Ciudad del Mar y la Perla del Sur. Dicha bahía, refugio constante de los más connotados corsarios y piratas de su tiempo, fue bautizada desde antes de la fundación de Cienfuegos como el Gran Puerto de las Américas, sobrenombre que reconoce las excelentes condiciones de su bahía de bolsa, fuente de inspiración y riquezas, concha que se abre al mundo con amplias potencialidades ambientales, comerciales y turísticas.

El Centro Histórico de Cienfuegos atesora lo más valioso del quehacer cultural e histórico de la ciudad y reúne la mayor aspiración en cuanto a cuidado y atención. Ha sido el

arduo y sistemático trabajo de preservación y rescate de sus principales edificaciones y espacios públicos, durante muchos años, con el concepto de salvar la integridad del conjunto y no sólo la obra individual, lo que ha permitido devolver el esplendor de sus ambientes y espacios por donde transita el hombre que lo habita o visita, recibiendo el influjo de una ciudad modélica del siglo XIX y el respeto de todos por ella.

El resultado de estas acciones determinó que en 1995 alcanzara la categoría de Monumento Nacional y ser la única ciudad fundada en el referido siglo que ostenta esta categoría en el país. Posteriormente el Comité del Patrimonio Mundial de la UNESCO, aprobó por unanimidad en su 29ª reunión anual, celebrada en Durban, Sudáfrica, el 15 de Julio de 2005, conceder al Centro Histórico Urbano de Cienfuegos la categoría de Patrimonio Cultural de la Humanidad, al ser Cienfuegos el primer y excepcional ejemplo de un conjunto arquitectónico representativo de las nuevas ideas de modernidad, higiene y orden, en el planeamiento urbano desarrollado en la América Latina del siglo XIX.

07

ARQUITECTURA

Plaza de Armas (hoy Parque José Martí)

Siglo XIX-Inicios del XX



En ella se condensa el fundamento urbano y arquitectónico cienfueguero, donde los estilos arquitectónicos denotan la trascendencia representativa de su status como ciudad. La Plaza fundacional, punto de partida del trazado de la ciudad, según testimonia el rosetón de granito colocado al efecto,

cuenta con la hermosa leyenda de [Aycayia](#) que perpetúa el recuerdo de la majagua de los indígenas, el mismo árbol centenario -considerado por los siboneyes como amuleto o preventivo de la infidelidad conyugal- que luego sirvió de testigo al sagrado acto ritual de bendecir el sitio y sus primeros pobladores.

En su entorno se alzan las principales edificaciones administrativas, religiosas y sociales: el Ayuntamiento, la Catedral, el Teatro Tomás Terry, el antiguo Colegio San Lorenzo, el Casino Español, el Palacio Ferrer, el Palatino y otras construcciones domésticas. Trazada por el fundador y el agrimensor de la colonia, asimiló las líneas monumentales del proyecto ilustrado de los ingenieros de 1798, y hoy sorprende por la amplitud de su espacio dentro de las ciudades cubanas del XIX. Sobresalen en ella el conjunto escultórico a José Martí, la Glorieta, el único arco de triunfo existente en Cuba y erigido para conmemorar la Instauración de la República, los dos leones tallados en mármol en una de sus entradas, símbolo de la monarquía, y las fuentes y diversos bustos erigidos a la memoria de personalidades cienfuegueras. Es notable como en lo dilatado de su espacio se han conjugado armoniosamente las funciones residenciales, de gobierno, docentes, religiosas y de distracción pública sin alterar la elegancia y uniformidad del conjunto.



Iglesia Catedral Purísima Concepción

*Calle 29 n.º 5406 esquina avenida 56
(Santa Isabel esquina San Carlos)*

Fue emplazada en 1819 en la plaza fundacional de la ciudad, y reconstruida posteriormente hasta alcanzar su actual forma con la remodelación efectuada por el ingeniero norteamericano James Murray entre 1867 y 1870. La fachada es de corte neoclásico, con uso del orden dórico tanto en el interior como en el exterior, y una singular irregularidad en sus dos torres, de diferente ancho y altura. La población realizó una colecta pública para la construcción de la primera torre, que es más pequeña y no se eliminó cuando se realizó la ampliación, de ahí la asimetría inusual en una iglesia neoclásica. Dispone de doce capillas, seis a cada lado, inspiradas en la simbología de los doce apóstoles, también expresada en los vitrales situados en sus doce ventanas superiores, y completándose con dos de Jesucristo y la Virgen María situados al frente. La casa parroquial situada al fondo de la iglesia, construida en los inicios del siglo XX, adoptó un estilo neogótico, más afín con el sentido devocional eclesiástico.



Casa de D. Luis D'Clouet

*Calle 29 n.º 5402 esquina avenida 54
(Santa Isabel esquina San Fernando)*

La casa perteneció al fundador Don Louis de Clouet y en 1841 fue reedificada adquiriendo su aspecto actual. Se destaca en ella la simplicidad de líneas y la solidez constructiva de sus portales hacia la plaza, siendo, por el año de su edificación, uno de los más antiguos y significativos edificios de la ciudad, unido al recuerdo del fundador de la colonia. El segundo cuerpo o nivel, retirado de la línea de fachada, hacía posible a sus propietarios participar y hacerse visible en la Plaza de Armas, una solución que aumentaba su jerarquía social.



Ayuntamiento / Sede del Poder Popular Provincial

*Avenida 54 n.º 2704-2706 esquina calle 29
(San Fernando esquina Santa Isabel)*

El acuerdo para construir el actual Palacio Provincial de la ciudad data de 1928, cuando el Capitolio Nacional puso de moda las cúpulas monumentales, pero el arquitecto Talleda Lugones asumió este deseo con una culta referencia europea y levantó una cúpula toscana para su proyecto de ayuntamiento en Cienfuegos, por el estilo de la famosa iglesia catedral de la ciudad de Florencia, que debía servir en lo adelante de hito visual en la ciudad. El edificio fue inaugurado el 20 de mayo de 1950 y su estilo monumental de moderno historicismo pronto fue escenario de uno de los primeros acontecimientos



revolucionarios de Cienfuegos, al ser objeto del alzamiento popular del 5 de septiembre de 1957.

Casino Español / Museo Provincial

*Avenida 54 n.º 2702 esquina calle 27
(San Fernando esquina San Luis)*



En las últimas décadas del siglo XIX el poder colonial fomentó en la Isla las asociaciones españolas de instrucción, recreo y mutualistas, en medio del auge del sentimiento popular separatista de los cubanos a partir de su primera guerra de independencia. Los casinos españoles construidos en las principales ciudades fueron uno de esos síntomas. El de Cienfuegos fue construido por el maestro de obras Juan Pons como uno de los mejores ejemplares de su tipo entre 1891 y 1893. Es de corte clásico académico, con bellas arcadas a la Plaza, y en su interior se destaca la obra decorativa de sus rejas de hierro, vidrieras de colores, pisos de mármol, y de la ornamentación pictórica de los paneles que recubren sus techos y los muros de sus salones.

La institución perduró durante el siglo XX a causa del aumento de la emigración española. Cienfuegos inauguró en la primera década del siglo un destacado sanatorio financiado por los socios del Casino con destino a la colonia española local, con un total de ocho pabellones distribuidos mediante una original organización espacial, que aún permanece activo como policlínico comunitario.

Colegio San Lorenzo y Santo Tomás

*Escuela Secundaria Básica 5 de septiembre. Avenida 56 n.º 2703 esquina calle 29
(San Carlos esquina Santa Isabel)*



Obedeciendo a una disposición testamentaria de Don Nicolás Acea que databa del siglo XIX, el ingeniero Jorge Lafuente construyó entre 1926 y 1927 el edificio del colegio de Colegio San Lorenzo (para varones) y de la Escuela Santo Tomás (para niñas), ambos en memoria de su difunto hijo Tomás Lorenzo. La capacidad mínima era de 200 niñas y 200 niños, con entradas independientes. El inmueble traduce en la simetría de su estructura interior y en la composición axial de su fachada los dos géneros de su alumnado. El frente principal a la Plaza presenta un diseño muy armónico en torno a un frontón de riguroso estilo clásico y dos pabellones laterales para cada escuela.

Casa de Domingo Sarría Valdespino / hoy Bar Palatino

*Avenida 54 n.º 2512 y 2514 esquina calle 27 (San
Fernando esquina San Luis)*

Está considerado uno de los edificios más antiguos de Cienfuegos y por esta razón se distingue entre los que rodean la Plaza Mayor o Parque Martí. Fue construido para vivienda, de mampostería y cubierta de tejas, a principios de la década del 1840. En la década del 1850 fue adquirido para residencia por el rico hacendado de origen trinitario Domingo Sarría. Su fachada de poca elevación y portales de arcos apaisados, causan una impresión de primitivismo a su vez reforzada por las ondulantes molduras barrocas de su fachada lateral, y, sobre todo, por la curiosa forma de botella del fuste de sus columnas, muy poco común en



la Isla, detalles que convierten el inmueble en un ejemplo excepcional de la arquitectura cienfueguera, luego tan inclinada hacia la uniforme modernidad decimonónica del neoclasicismo.

Casa de Lázaro Díaz de Tuesta y viviendas neoclásicas

Fondo Cubano de Bienes Culturales. Avenida 54 n.º 2506 entre calles 25 y 27 (San Fernando entre Bouyón y San Luis) / Galería de Arte Universal. Avenida 56 n.º 2505 entre calles 25 y 27 (San Carlos entre Bouyón y San Luis)



Ambos conjuntos de viviendas, que datan de la última década del siglo XIX, reflejan la jerarquía e importancia que manifestaba el espacio de la Plaza de Armas y la calidad



constructiva que, tanto para las autoridades municipales como para los propietarios, era necesario mantener en sus nuevas edificaciones residenciales en torno a ella. Se

trata de dos líneas o tiras de fachadas construidas a ambos costados del espacio abierto, norte y sur, con solo tres años de diferencia entre ambas, y que consiguen no fragmentar el efecto continuo de sus fachadas, sino mantenerlas bajo un diseño unitario en aras de lograr la presencia uniforme de un solo edificio monumental.

La primera, edificada en 1890, posee un tratamiento más macizo y compacto de sus arcos y pilares, pero la segunda, de 1893, muestra una decoración clásica académica de gran refinamiento en su serie de arcadas de orden romano, muy profusamente molduradas, y que mantienen un ritmo visual de pilastras, entablamentos, cornisas y balaustradas, muy bien proporcionados, conformando una extraordinaria galería arquitectónica que pocas ciudades cubanas poseen con tal calidad expresiva. Detrás de estos dos paños de portales se muestran los vanos interiores de la fachada de las viviendas con semejante diseño unitario y dotadas de una riqueza de rejas y elementos de carpintería igualmente valiosos.

Palacio Ferrer / Casa de la Cultura Benjamín Duarte

Calle 25 n.º 5401-5403 esquina avenida 54 (Bouyón esquina San Fernando)

El palacio Ferrer, residencia del comerciante y hacendado catalán José Ferrer Sirés, fue construido entre 1917 y 1918 por el arquitecto e ingeniero cienfueguero Pablo Donato Carbonell, graduado en Barcelona, una obra que abandonó el estilo neoclásico antes predominante en las casas del entorno del Parque José Martí, en busca de una expresión estilística más individualizada y de una ornamentación ecléctica independiente de los órdenes consabidos. Los balcones que sobresalen en el piso superior adoptan diferentes soluciones, sobre todo, el balcón circular con el mirador superior encima, que jerarquiza la atención expresiva sobre la esquina donde está situado. Las habitaciones principales contienen magníficos trabajos de herrería y estucados, entre

los que se destaca el techo del salón principal, donde se hace gala del ornamento rococó. Muy valioso por su calidad artística resulta el enchapado de azulejos en colores y esmaltados de reflejos metálicos. Su propietario adquirió notoriedad al hospedar en su casa recién concluida al tenor Enrico Caruso a su paso por Cienfuegos y pasearlo en su auto por la ciudad.

El arquitecto Carbonell ha dejado una obra similar, destacada por la solución del tratamiento de la esquina con un decorado balcón, en el edificio para la tienda El Palo Gordo que construyó en 1914 en el encuentro de las calles 54 y 33, una de las primeras edificadas en la ciudad empleando el hormigón armado.



Teatro Tomás Terry

*Avenida 56 n.º 2701 esquina calle 27
(San Carlos esquina San Luis)*



El teatro fue construido por la familia Terry en honor a Don Tomás Terry y Adán, comerciante enriquecido y benefactor de la ciudad. Como caso excepcional dentro de la arquitectura colonial el proyecto fue sacado a concurso, ganado por el Teniente Coronel de Ingenieros Lino Sánchez Mármol, que también tuvo a su cargo la ejecución. La obra se comenzó el 29 de diciembre de 1887 y fue inaugurada el 12 de febrero de 1890. Como en todos los teatros edificados en el XIX, contiene una típica sala en herradura, con capacidad para 1.200 espectadores, decorada con un estilo muy sobrio. Junto con el Esteban o Sauto (1863), de Matanzas, y La Caridad (1885), de Santa Clara, integra la trilogía de los teatros coloniales más importantes y mejor conservados del país. La escultura de Tomás Terry, obra de gran valor artístico e histórico del escultor italiano Tomasso Solari, ejecutada en mármol blanco en Nápoles fue colocada en su interior en 1889. Han desfilado por su escenario figuras y elencos de prestigio internacional como [Enrico Caruso](#), Jorge Negrete, Anna Pavlova, Sara Bernhard, Ernesto Lecuona, y Bola de Nieve, entre otros.

The Royal Bank of Canadá y Banco Nacional de Cuba

*Banco de Crédito y Comercio. Avenida 56 n.º 5603 esquina Calle 31 (San Carlos esquina D'Clouet) /
Banco Popular de Ahorro. Avenida 52 n.º 5019 esquina calle 31 (Argüelles esquina D'Clouet)*

En las primeras décadas del siglo XX los bancos se multiplicaron con la introducción del capital foráneo y el desarrollo financiero del país. Las sucursales de estas empresas abiertas en las poblaciones de la isla se identificaron a través de un proyecto arquitectónico típico que se repetía de una a otra de las ciudades más prósperas. Cienfuegos conserva dos de estas edificaciones administraciones típicas de la época que ya cuentan más de un siglo, la del Royal Bank of Canadá y la del Banco Nacional de Cuba. Ambas reproducen en sus fachadas los componentes del lenguaje clásico para ofrecer una imagen de poder, seguridad y confianza ante el cliente, mediante el uso de columnas pareadas de orden corintio. La sucursal del Royal Bank, empresa bancaria extranjera establecida en Cuba desde siglo XIX, sobresale por la combinación de la vivienda del administrador con el piso bajo para las oficinas y cajas bajo una misma fachada, lo que obliga a emplear un orden monumental de columnas pareadas en la misma que le proporciona lucimiento y solidez al conjunto, junto con la imitación de una textura de sillares de piedras sobre los muros exteriores.



Edificio de apartamentos estilo Art Déco

*Calle 35 n.º 5809 entre avenidas 58 y 60
(Gazel entre Santa Cruz y Santa Elena)*

El estilo art decó con su colorido y diseño lineal, alcanzó una amplia aceptación en las ciudades cubanas pues permitía la actualización del gusto con formas de diseño más funcionales y menos recargadas, al día con la moda de la propaganda gráfica. Este edificio de apartamentos construido en 1939 es el ejemplar más importante del nuevo estilo que juega con el colorido y la decoración para lograr su moderno efecto.



Hotel La Unión

*Calle 31 n.º 5401 esquina avenida 54
(D'Clouet esquina San Fernando)*

En la segunda mitad del siglo XIX el puerto de Cienfuegos había desplazado al de Trinidad como puerto exportador de azúcar y era un activo punto de enlace donde coincidían las líneas de la navegación de cabotaje por el sur de la isla y del tráfico comercial por el mar Caribe y el Atlántico norte. La aparición de edificaciones de hospedaje acompañó este auge comercial. Uno de sus más antiguos y grandes hoteles fue El Unión, construido en terrenos que el comerciante venezolano

Tomás Terry Adan había adquirido de su cuñado Pedro Dorticós, descendiente de los primeros colonos franceses de Jagua. En 1885 Natividad Terry Dorticós, residente en Francia, unificó estos terrenos heredados de sus padres para dar paso a la construcción del edificio de tres plantas del actual hotel que arrendó a Faustino Forbés. Rápidamente se convirtió en un lugar de fama y de concurrencia nacional e internacional, reconocido por la calidad de sus servicios, su especialidad en comida francesa y por contar con alumbrado eléctrico en todos sus locales. El Capitán General de la Isla Arsenio Martínez Campos, se encontraba hospedado allí cuando recibe la noticia de la derrota del ejército español el 15 de diciembre de 1895 en la batalla de Mal Tiempo. En el siguiente siglo fueron sus huéspedes personalidades de diferentes profesiones y jerarquías como el campeón mundial de ajedrez José Raúl Capablanca, la bailarina Ana Pavlova, y el presidente cubano Tomás Estrada Palma.



Hotel San Carlos

*Avenida 56 n.º 3303-3309 entre calles 33 y 35
(San Carlos entre Hourruitiner y Gazel)*

En el año 1921 comienza la construcción del hotel San Carlos, proyectado por el arquitecto Alfredo Colli Franconetti y luego continuado bajo la dirección del arquitecto Joaquín Carbonell Cabrera, hasta su conclusión en 1924. La calle que le dio nombre heredaba una antigua leyenda de los tiempos en que era uno de los límites de la naciente villa donde asolaba a los vecinos [un fantasmagórico caimán](#). Ahora en cambio era el sitio de la modernidad cienfueguera donde el nuevo hotel se levantaba como una construcción de seis pisos y roof garden, al estilo de los buildings norteamericanos que por entonces se edificaban en La Habana, pero que resultaba todo un reto lejos de la capital, pues las nuevas estructuras metálicas de este tipo de edificios resultaban muy difíciles de realizar fuera del ámbito de las compañías constructivas instaladas en ella.

Era la edificación más elevada de toda la región central de Cuba, considera como el mirador por excelencia de la ciudad, y contaba con 80 habitaciones en sus cuatro niveles de alojamiento, lo que lo convertía en un foco visual de interés dentro de la trama urbana y se considera un valioso exponente de la arquitectura función civil-pública.



Compañía de Seguros y Fianzas

*(Organización Básica Eléctrica)
Avenida 56 n.º 5602-5604
esquina calle 33
(San Carlos esquina Hourruitiner)*

La construcción levantada al lado del hotel San Carlos es el edificio administrativo de la Compañía de Seguros y Fianzas, obra del arquitecto e ingeniero Luis Gálvez en 1923, de similar en estilo, pero más baja, completando en el paisaje urbano de Cienfuegos un conjunto visual moderno por sus formas, concebido dentro del tipo de edificio funcional que carece de balcones corridos, y su volumen, calado por los vanos aislados de numerosas habitaciones, aparece decorado solo por líneas de pilastras que lo recorren hasta la altura de un alero saliente.

Palacio de Blanco

*Edificio de oficinas y comercio, Avenida 54 n.º 3301-3307, 5402-5404 esquina calle 33
(San Fernando esquina Hourruitiner)*



utilizado en este tipo de decoración figurativa. Por encima de todo, se destaca la presencia de una escalera de tipo imperial (dobles ramas) construida con maderas preciosas cubanas, que enlaza los diferentes pisos y el entresuelo hasta rematar en dos escaleras de caracol que comunican con

Como la mayor parte de los puertos cubanos del siglo XIX la unión entre la vivienda del comerciante o hacendado y el almacén de sus productos generó diferentes soluciones arquitectónicas de gran importancia para el patrimonio de los centros históricos tanto por su volumen y capacidad espacial como por la originalidad de sus propuestas. Esta notable casa cuya construcción inició entre 1871 y 1878 del hacendado azucarero José Quesada, fue concluida por Manuel de Blanco, que dejaría su nombre unido al título de palacio que la expresión popular le asignaba a las grandes residencias de su clase. Concedida dentro del tipo de casa almacén, organiza su planta alrededor de un gran patio cuadrado con gran riqueza soluciones constructivas. La fachada se adorna con los tradicionales elementos neoclásicos de pilastras toscanas, guardapolvos rectos y cornisas. La baranda que protege el balcón forma un encaje tachonado de flores, y las vidrieras de colores incorporan el motivo de la palma real, símbolo de Cuba, quizás el único

la torre-mirador, conformando así la más acertada pieza de este palacio. Es una de las más bellas residencias fuera de la capital del país y uno de los exponentes más valiosos de la arquitectura doméstica cubana del siglo XIX por su composición formal y funcional, los materiales empleados, y sus valores arquitectónicos y decorativos.

Aunque se perciba como uno solo, este inmueble es la unión de dos, y ostenta la categoría de Monumento Local desde 1990. Existieron allí el Banco Español, la Librería Cervantes, la Casa Récord, un depósito de leche, una farmacia, la Casa Arco, Tienda de Tejidos La Perla, la Dirección Provincial de los CDR, la Asociación Católica Caballeros de Colón, la notaría de Federico Laredo Bru (fue presidente de la república por un breve período), la Filial Universitaria y la tienda El Embajador, entre otros usos.

Aduana Independiente de Cienfuegos

*Avenida 46 n.º 2901 entre calles 29 y 31
(La Mar entre Santa Isabel y D'Clouet)*



La construcción de edificios para aduanas fue motivo de notables proyectos dentro de la arquitectura cubana, y cuenta con una antigua tradición. Las leyes de Indias incluían la aduana como uno de los edificios a levantar en los puertos y el primer edificio público construido en la Isla en el siglo XVI fue la aduana de La Habana. El primer proyecto ingenieros Lemaury para urbanizar la península de la Majagua incluía una localización especial para la Aduana frente a una plaza abierta en la marina, y la fundación de Cienfuegos incluyó la propuesta muy pronto en su programa edilicio. Su aduana es uno de los edificios públicos más antiguos de su tipo en la Isla, levantado por el maestro de obras Manuel Zumalave entre 1841 y 1842. El edificio, de espaciosa dimensiones y con almacenes para depósitos de mercancías, posee una amplia fachada que jerarquiza el acceso principal a través de arcos de medio punto en la planta baja y balcones de hierro en los altos, y su ubicación es privilegiada, frente a un espacio abierto que le sirve de antesala frente a los muelles.

Casa-almacén García de la Noceda

*Oficinas Avenida 52 n.º 2913-2915 esquina calle 31
(Argüelles esquina D'Clouet)*

La casa almacén edificada por el comerciante español José García de la Noceda en 1881 en la cercanía de la zona portuaria constituye una de las mejores de su tipo en la Isla. Su propietario, el clásico emigrado pobre que hace fortuna en América, se esmeró por realizar una versión arquitectónica muy calificada de su palacio que hoy se destaca por su elevada escala y la severidad de su fachada neoclásica de dos plantas, sobre la cual colocó un mirador al centro rematada por una cúpula, punto de observación del comercio de la bahía. Posee dos niveles bien diferenciados: como almacén y área rentable se utilizaba la primera planta; la segunda se usaba como vivienda y oficinas, siguiendo una distribución funcional tradicional que databa del siglo XVIII en los puertos de Cuba y el Caribe en general. Se conoció también como Palacio Cacicedo, apellido de uno de sus dueños posteriores. En este majestuoso edificio se destacan la escalera de mármol



blanco que conduce a los salones altos, de grandes dimensiones, decorados con pinturas murales en paredes y techos; su cristalería con variados colores y diseño consta desde la simple luceta rectangular hasta el arco de medio punto, así como del trabajo de las rejas de hierro. Dentro de las construcciones urbanas de tipo residencial esta casa-almacén es, según el historiador Joaquín Weiss “la mejor obra cienfueguera de este género (...) de gran escala y formas sencillas y vigorosas, comparables con las mejores obras de su género en la capital”.

Casa de la familia Falla Bonet

*Sede Municipal del Partido Comunista de Cuba.
Avenida 56 n.º 3311 entre calles 33 y 35
(San Carlos entre Hourruitiner y Gazel).*

En los primeros años del siglo XX, una rama de la poderosa familia Falla, de hacendados y comerciantes azucareros españoles, levanta una casa dentro de la trama compacta de la ciudad que demuestra la persistencia del tipo perfilado en el palacio Blanco y en la casa de García Noceda, pero ya con una función más residencial. En su interior sobresalen sus pisos de granito y mosaicos hidráulicos, siendo uno de los elementos decorativos



más notorios los querubines de estuco que se encuentran en el techo de la sala principal.

Paseo del Prado

Calle 37 entre avenida 40 (Campomanes) y avenida 72



Desde muy temprano esta ancha vía se convirtió en la vía de comunicación entre la villa y su región. El trazado fundacional de D'Clouet y el agrimensor Famada incluyó dos paseos arbolados al este y al oeste del núcleo urbano, tal como aparecían en el proyecto de 1798 dibujado por los hermanos Lemaur. Pero de acuerdo a su posición en la península, la población debía crecer hacia el este y el paseo situado en este sentido, nombrado de Vives en honor al gobernador de Cuba entonces, Dionisio Vives, resultaba el más útil y fue ampliado a 40 varas (34 metros) y en lo adelante se transformaría en la columna vertebral del ensanche del asentamiento, sosteniendo las nuevas calles y parcelaciones a su largo, pero fue reglamentado como una vía ancha de tránsito, con los obligados portales laterales, y no como un paseo arbolado con parterres y jardines.

El tipo de estructura de paseo peatonal que hoy presenta fue promovida por la iniciativa de los vecinos entre 1911 y 1913, financiada por recaudación pública, y quizás estimulada por el conocido paseo habanero de quien tomó su nombre por estos mismos años. El popular Prado de Cienfuegos ha llegado a ser el paseo de su tipo más extenso de Cuba y posee no solo arbolado, sino esculturas, bancos y farolas, y todos los componentes que animan la participación peatonal, enmarcando un conjunto de edificaciones de alto valor arquitectónico y social que dispersó por su ámbito la centralidad de la antigua Plaza Mayor.

Edificios notables del siglo XX en el Paseo del Prado y vivienda de Pedro Aragonés

*Calle 37 n.º 5805-5807-5809 entre avenidas 58 y 60 (Paseo del Prado entre Santa Cruz y Santa Elena) /
Calle 37 n.º 4816-4818 entre avenidas 48 y 50 (Paseo del Prado entre Dorticós y Santa Clara) /
Calle 37 n.º 4213-4215 entre avenidas 42 y 44 (Paseo del Prado entre Cisneros y Zaldo)*

En la primera mitad del siglo XX se levantaron residencias notables por su arquitectura en el Paseo del Prado, de varias plantas y con galerías superiores abiertas hacia la avenida. Sobresalen por la profusa ornamentación de cemento moldeado con motivos vegetales, ménsulas decoradas, capiteles, todo con detalles más refinados. La pesada volumetría de los muros de sillares y mampostería del siglo anterior han desaparecido ante la ligereza y transparencia conseguida con el hormigón armado. Resultan singulares e irrepetibles para la ciudad los elementos exteriores e interiores de la decoración de estas viviendas, la utilización de motivos florales, rejas de hierro dibujadas con delicadeza y cristales nevados, que confieren una gran prestancia a la arteria lineal y peatonal más importante de la ciudad de Cienfuegos.



Casa de los Leones

*Calle 37 n.º 5804-5806 entre avenidas 58-60
(Paseo del Prado entre Santa Cruz y Santa Elena)*

Construida en 1871 por José Antonio Capote, es conocida como la Casa de los Leones por las dos grandes figuras de leones de hierro que se yerguen en su amplio portal, traídas de una quinta de la ciudad de Trinidad que perteneció al hacendado Justo Germán Cantero, autor del texto del conocido álbum litográfico Los Ingenios. La casa se levanta sobre una extensa y elevada terraza que la aísla del tráfico callejero y le añade un efecto de monumentalidad a su pórtico de columnas toscanas. Su fachada interna posee elevadas rejas de hierro fundido rematadas por unos guardapolvos en forma de conos, motivos de tradición andaluza, que, junto a los leones y su alto portal, resultan poco frecuentes en el resto de la ciudad y le han atraído la admiración pública. Declarado Monumento Local en 1990.



Los cementerios

*Cementerio Tomás Acea. Avenida 5 de Septiembre n.º 8302 entre calles 83 y 85, sureste de la ciudad. /
Cementerio de Reina. Calle Villegas entre avenidas 48 y 50. Reparto La Reina*



La construcción de cementerios independientes de las iglesias y fuera del cuerpo urbano, comenzó en Cuba a inicios del siglo XIX, siguiendo el progreso de la higiene pública y en lucha contra las viejas costumbres. Las nuevas construcciones funerarias de las ciudades cubanas adquirieron por sí mismas un carácter moderno, e inauguraron conjuntos donde las portadas, capillas y monumentos escultóricos unieron la calidad artística al sentimiento moral y a la representación social de la familia. Entre todas, la ciudad de Cienfuegos es la única que posee dos de las más valiosas piezas de la arquitectura funeraria del país, declaradas monumentos nacionales, que denotan la evolución del gusto experimentado de un siglo a otro dentro de este género constructivo.

El cementerio de Reina, inaugurado en 1839, obedeció al tipo más común de un recinto donde los panteones y nichos se

encierran en forma compacta dentro del perímetro y cuentan con una portada, en este caso, un sobrio frontón clásico. Durante un siglo de uso exclusivo se reunió allí una colección de esculturas y lápidas de mármol de gran calidad, como la conocida Bella Durmiente, y conformaron un conjunto que hoy llaman la atención por la integridad de su estructura original. El Cementerio General, o Cementerio de Reina, es único en el país por la conformación de su patio principal, circunscrito por tres hileras de nichos verticales.

Parte del legado de Nicolás Acea de los Ríos, profesor y hacendado unido a la familia Terry por enlace matrimonial y fallecido en 1904 dejando 300,000 pesos para obras benéficas, fue dispuesto por sus albaceas para la construcción de un cementerio nuevo que llevara el nombre de su difunto hijo, y se encargó al arquitecto e ingeniero Pablo Donato Carbonell

como proyectista, que por entonces renovaba la arquitectura cienfueguera con sus obras. La construcción, terminada en 1926, es considerada una obra que dotó a Cienfuegos de una de las mejores necrópolis del país, diseñada como un hermoso cementerio-jardín, único de su tipo en Cuba, donde se aprovecha la topografía ondulada del terreno para integrar las tumbas al paisaje circundante. La entrada de grandes dimensiones retoma el estilo clásico en sus galerías, pero desde una versión historicista novedosa en la ciudad por su severo ajuste al orden griego de Fiesto. El cementerio dispone de 17.6 hectáreas y está parcelado por sus avenidas interiores en diferentes secciones, cada una con diversas especies de árboles que le dan nombre, Los Pinos, Los Tamarindos, Los Cipreses, etc, constituyendo una valiosa muestra de los conceptos foráneos norteamericanos más modernos respecto a las instalaciones mortuorias.

Palacio de Valle y Hotel Jagua

Centro Gastronómico Cultural. Avenida o esquina calle 37 (Pedro Antonio Aragonés) y Avenida 2 entre calle 37 (Pedro Antonio Aragonés) y Litoral



La Punta, o Punta Gorda, es una zona residencial situada hacia el sur de la ciudad, lugar de gran belleza natural desde donde se divisa un espléndido panorama tanto de la bahía como de las montañas de la sierra del Escambray. Sitio de viejas leyendas indias recreadas por Adrián del Valle, atrajo la construcción de las primeras quintas de recreo de Cienfuegos a fines del siglo XIX. Una de ellas, localizada en la mejor posición frente al mar, del comerciante Celestino Caces, era conocida como la Quinta del Moro, por su estilo hispano morisco, y fue adquirida por Alejandro Suero Balbín, quien la cedió como regalo de bodas a su hija Amparo y su yerno, el asturiano Acisclo del Valle y Blanco, dueño de varios centrales, quien aprovechó la inspiración exótica del inmueble existente y lo incorporó con la majestuosa construcción en su fondo de un palacio morisco, proyectado por el arquitecto e ingeniero Pablo Donato Carbonell y construido bajo la dirección del arquitecto italiano Alfredo Colli, conjuntamente con el maestro de obras Suárez, entre 1913 y 1917.

El edificio progresó en medio de la primera guerra mundial, cuando los precios del azúcar dieron lugar a las llamadas vacas gordas en la economía cubana, breve época de realización de ensueños arquitectónicos como el Palacio de Valle, uno de los más notables de la Isla. Aunque en sus fachadas y planta baja predominaba el recuerdo hispano árabe, los interiores se decoran con los más variados estilos europeos, gótico primitivo, Imperio, Luis XVI y en la planta alta el estilo veneciano resulta predominante, siendo ésta el área menos decorada. Las paredes de los salones principales, estucadas y pintadas, reproducían a relieve una frase tomada del Corán: “Solamente Dios es Dios”. La fantasía ecléctica creaba una arquitectura apropiada para el disfrute de la arquitectura como historia, emulando con las escenografías cinematográficas. Se utilizaron materiales y artesanos de diferentes países. Los materiales, mármol, alabastro, bronce, cerámica y cristal, fueron importados de España, Italia y Estados Unidos, menos las maderas preciosas cubanas. En su azotea se alzan tres minaretes y una glorieta. La reja de hierro perimetral del extenso jardín, calificada de agarena, se consideraba una verdadera obra de artesanía. Poco pudo disfrutar su propietario de su fabuloso palacio, pues falleció en 1919 en España, y sus descendientes pronto regresaron a residir en la península.

En la época de los años cincuenta, abierta a las inversiones turísticas, la residencia tomó otro rumbo. José López Vilaboy, testaferro de Fulgencio Batista, en sociedad con la viuda de Acisclo Valle y sus herederos, estableció la Compañía de Fomento y Turismo de Cienfuegos, S. A., para la construcción de un motel en los jardines y un casino en el Palacio. El proyecto fue encargado a la firma de los arquitectos Eduardo Cañas Abril y Nujim Nepomechie, destacados en



esos años por la construcción de proyectos importantes como la casa Eugenio Leal en el reparto Miramar, donde la madurez de la técnica del hormigón armado se conjugaba con los artísticos murales de Mario Carreño y Amelia Peláez. El hotel fue inaugurado el 31 de diciembre de 1959 con 144 habitaciones y dos suites contenidas en siete plantas a un costo de dos millones y medio de dólares. Está considerado como un valioso testimonio del racionalismo en Cuba. Cada habitación posee balcones privados en forma de mirador, que permiten el disfrute del exuberante paisaje de mar, su bahía, las montañas del Escambray y la ciudad de Cienfuegos. En su arquitectura están presentes las líneas puras, soluciones rectilíneas y sencillas, pues se proyecta como un conjunto abierto sin barreras, en el que su pintoresca fachada principal apaisada presenta una elegante inflexión al centro y a la altura de la caja de elevadores, que destierra toda monotonía; presenta balcones con barandas de vivos colores combinados, los que forman una agradable expresión.

Palacio Azul y Casa de Chalía Cacicedo

*Palacio Azul. Calle 37 (Pedro Antonio Aragonés) esquina avenida 12 /
Casa Verde. Calle 37 (Pedro Antonio Aragonés) entre avenidas 0 y 2. Reparto Punta Gorda*

Las quintas del reparto Punta Gorda junto al mar, más que viviendas de veraneo se convirtieron en sitios de residencia permanente para algunas familias acaudaladas por su cercanía a la ciudad y por su relativo aislamiento de la agitada vida diaria del centro. Allí trasladaron sus modelos de viviendas, ahora aisladas y rodeadas de amplios jardines dentro de un ambiente de calma y un panorama de vistas naturales privilegiadas. El llamado Palacio Azul, construido en 1925 para la familia Menéndez Acebal por el arquitecto e ingeniero civil Federico Navarro, es uno de esos elegantes ejemplares, de notable escala circundada de portales y logias, con una valiosa persianería, y rematada en la azotea por un mirador de cúpula esmaltada. No muy lejos le sigue la llamada Casa Verde, otra residencia marcada por el uso del color, construida hacia 1935 para Chalía Cacicedo, que se distingue por sus amplios salones y terrazas con vistas al mar y una profusa decoración interior, además de contar con sus propios baños de mar.



Yacht Club de Cienfuegos

Calle 37 entre avenidas 8, 12 y el Litoral



Los clubes de deportes náuticos se difundieron en Cuba durante las primeras décadas del siglo XX a semejanza de los Yacht Clubs existentes en Estados Unidos e Inglaterra y no solo para este tipo de navegación, sino para la de remos y también la natación. Por regla general funcionaron como sociedades exclusivas que también celebraban fiestas sociales y sus edificios agrupaban a los miembros de la burguesía local. El Yacht Club de Cienfuegos, proyectado por el arquitecto Pablo Donato Carbonell, fue uno de los primeros en levantar su edificio en la Isla con una calidad arquitectónica semejante a los casinos y centros deportivos de fama internacional, solo comparable entonces en el país al Vedado Tennis Club del Vedado de La Habana que databa de esos años. Es un inmueble elegantemente decorado, que ocupó una amplia parcela y dispuso de espacio para lograr una hermosa perspectiva de su fachada, de una distribución equilibrada, con dos pabellones laterales rematados por pintorescas torres. La azotea fue concebida como un gran mirador. Leyendas locales ubican en este lugar el episodio de [MariLope](#), hija de un colono español que fue víctima de los piratas dando nombre a una maravillosa flor de color amarillo.

Casas de madera de Punta Gorda

Casa de Puyín. Calle 35 n.º 4 entre Avenida o y Litoral, Villa Amparo / Casa del Educador. Calle 35 n.º 26 entre avenida o y Litoral y Casa de Celestino Caces / Casa de visita “El Castillito”. Calle 35 n.º 6 entre Avenida o y Litoral. La Punta.



La arquitectura de madera cuenta con valiosos ejemplares en las ciudades cubanas, algunas veces con influencias del bungalow o ballom frame. En La Punta se agrupan algunas de las mejores de Cienfuegos.



Casas como las de Serafín Ros, Ramón Entensa y Celestino Cases, construidas en el transcurso del siglo XIX al XX por el maestro de obras Domingo Ferreiro, conservan su estructura de madera y cubiertas de tejas



francesas, y se distinguen por la ornamentación profusa de la carpintería con preciosas cartelas, lambrequines y celosías.

Las casas eclécticas de Alejandro Suero Balbín

Avenida 52 n.º 2706 y n.º 2704, entre calles 27 y 29 (Argüelles entre San Luis y Santa Isabel)

Ambos inmuebles contiguos y de excelente factura, fueron construidos por el arquitecto e ingeniero italiano Alfredo Fontana Giugni para Alejandro Suero Balbín en las primeras décadas del siglo XX, al mismo tiempo que el yerno del propietario construía el Palacio Valle. Las dos construcciones se encuentran unidas, además, por

su excepcional sentido decorativo y por la riqueza de los materiales empleados. Las casas de Alejandro Suero están profusamente decoradas y poseen fachadas diferentes con diseños que combinan adornos barrocos, figuras humanas, leones y guirnalda. Los interiores están cubiertos por techos primorosamente decorados en yeso con frescos que aluden al romanticismo francés, pisos de mármol y mosaicos, mamparas hermosamente decoradas y rejas de hierro muy elaboradas. La excepcional ornamentación de estos inmuebles, ubicados en medio de la trama uniforme y racional de la ciudad, contiene un mensaje de diversidad y creatividad que las convierte en hitos de la arquitectura doméstica cienfueguera.



Liceo de Cienfuegos

*Biblioteca Provincial Roberto García Valdés, Calle 37
n.º 5615 esquina avenida 58
(Paseo del Prado esquina Santa Cruz)*



Las sociedades llamadas Liceo databan del siglo XIX y agrupaban en las ciudades del interior de la Isla a las familias blancas con mayores recursos económicos. En 1921 los arquitectos Pablo Donato Carbonell Ferrer y el ingeniero Alfredo Colli terminaron la construcción de este espléndido inmueble que sobresale por su volumetría y tratamiento decorativo entre todos los ubicados en el Paseo del Prado. Aunque resulta difícil definir su neo estilo, se le atribuye al renacimiento francés. Su distribución es propia de los edificios de su tipo, con una gran escala que desde la planta asciende al salón principal en un segundo nivel, donde se ubica un gran salón cubierto por una mansarda decorada con molduras de yeso al estilo Luis XV que en su centro abren espacio al escudo de la ciudad, hermosas lámparas colgadas, apliques y mamparas Art Nouveau conforman y dividen otros espacios que en su tiempo sirvieron para bares y juegos de mesa.

Colegio Los Jesuitas Nuestra Señora de Montserrat

*Escuela de Secundaria Básica D1 Avenida 54, calle 45,
avenida 56 y calle 47 (San Fernando, Cid, San Carlos y O'Donell)*

Las órdenes religiosas desempeñaron un importante papel en la educación en Cuba durante el siglo XIX, emulando con los colegios laicos. Los jesuitas instalaron en Cienfuegos un colegio de segunda enseñanza en 1884 y 1919 con el fin de educar en él los alumnos varones del centro de Cuba en su internado. El Colegio de la Compañía de Jesús aún sorprende por su gran capacidad, pues contaba con cinco plantas, incluido el sótano. El ala izquierda se utilizó provisionalmente como iglesia a finales del siglo. Ofrece una imagen imponente de sólidas proporciones y escasa ornamentación, concebida para reflejar el sentimiento de orden, disciplina y rigidez propios del sistema docente que se aplicaba en dicha institución. Declarado Monumento Local en 1990.



Distrito Naval del Sur Cayo Loco

*Museo Histórico Naval. Avenida 60 esquina calle 23
(Santa Elena esquina Velazco)*

El llamado Cayo Loco, antes bautizado Cayo Güije y escenario de la fabulosa leyenda de [la Venus Negra](#), que encarna la muda protesta contra la esclavitud del negro, es el más cercano a Cienfuegos dentro de la bahía, y fue propiedad de distintos colonos hasta ser adquirido por la Marina Colonial a finales del XIX, concluida la dominación española, se ubicó allí en 1902 el Servicio de Guardacostas. En 1935 fue declarado Distrito Naval del Sur y desde sus espacios se implementaron y desarrollaron las principales estrategias navales de la región centro-sur de Cuba. Alcanzó su máxima significación histórica como uno de los escenarios principales del levantamiento popular armado del 5 de septiembre de 1957. Desde 1980, radica en él el Museo Histórico Naval con grandes áreas exteriores donde se ubican exponentes de interés para el desarrollo naval y náutico en Cuba por su autenticidad, originalidad y unicidad.



08

NUESTROS HOTELES-JOYA

Hotel La Unión

Calle 31 n.º 5401 esquina avenida 54 (D'Clouet esquina San Fernando)



En la segunda mitad del siglo XIX el puerto de Cienfuegos había desplazado al de Trinidad como puerto exportador de azúcar y era un activo punto de enlace donde coincidían las líneas de la navegación de cabotaje por el sur de la isla y del tráfico comercial por el mar Caribe y el Atlántico norte. La aparición de edificaciones de hospedaje acompañó este auge comercial. Uno de sus más antiguos y grandes hoteles fue El Unión construido en terrenos que el comerciante venezolano Tomás Terry Adan había adquirido de su cuñado Pedro

Dorticós, descendiente de los primeros colonos franceses de Jagua. En 1885 Natividad Terry Dorticós, residente en Francia, unificó estos terrenos heredados de sus padres para dar paso a la construcción del edificio de tres plantas del actual hotel que arrendó a Faustino Forbés. Rápidamente se convirtió en un lugar de fama y de concurrencia nacional e internacional, reconocido por la calidad de sus servicios, su especialidad en comida francesa y por contar con alumbrado eléctrico en todos sus locales. El Capitán General de la Isla Arsenio Martínez Campos, se encontraba hospedado allí cuando recibe la noticia de la derrota del ejército español el 15 de diciembre de 1895 en la batalla de Mal Tiempo. En el siguiente siglo fueron sus huéspedes personalidades de diferentes profesiones y jerarquías como el campeón mundial de ajedrez José Raúl Capablanca, la bailarina Ana Pavlova, y el presidente cubano Tomás Estrada Palma.



Hotel San Carlos

*Avenida 56 n.º 3303-3309 entre calles 33 y 35
(San Carlos entre Hourruitiner y Gazel)*

En el año 1921 comienza la construcción del hotel San Carlos, proyectado por el arquitecto Alfredo Colli Franconetti y luego continuado bajo la dirección del arquitecto Joaquín Carbonell Cabrera, hasta su conclusión en 1924. La calle que le dio nombre heredaba una antigua leyenda de los tiempos en que era uno de los límites de la naciente villa donde asolaba a los vecinos un fantasmagórico caimán, que finalmente resultó ser un pillo que se disfrazaba de depredador para poder robar a los lugareños sus aves, ganado vacuno, de cerda, y caballar. Ahora en cambio era el sitio de la modernidad cienfueguera donde el nuevo hotel se levantaba como una construcción de seis pisos y



roof garden, al estilo de los buildings norteamericanos que por entonces se edificaban en La Habana, pero que resultaba todo un reto lejos de la capital, pues las nuevas estructuras metálicas de este tipo de edificios resultaban muy difíciles de realizar fuera del ámbito de las compañías constructivas instaladas en ella. Era la edificación más elevada de toda la región central de Cuba, considerada como el mirador por excelencia de la ciudad, y contaba con 80 habitaciones en sus cuatro niveles de alojamiento, lo que lo convertía en un foco visual de interés dentro de la trama urbana y se considera un valioso exponente de la arquitectura función civil-pública.

Palacio Valle y Hotel Jagua

*Avenida o esquina calle 37 (Pedro Antonio Aragonés)/
Avenida 2 entre calle 37 (Pedro Antonio Aragonés) y Litoral.*



La Punta, o Punta Gorda, es una zona residencial situada hacia el sur de la ciudad, lugar de gran belleza natural desde donde se divisa un espléndido panorama tanto de la bahía como de las montañas de la sierra del Escambray. Sitio de viejas leyendas indias como la Díaz, recreada por Adrián del Valle, atrajo la construcción de las primeras quintas de recreo de Cienfuegos a fines del siglo XIX. Una de ellas, localizada en la mejor posición frente al mar, del comerciante Celestino Caces, era conocida como la Quinta del Moro, por su estilo hispano morisco, y fue adquirida por Alejandro Suero Balbín, quien la cedió como regalo de bodas a su hija Amparo y su yerno, el asturiano Acisclo del

Valle y Blanco, dueño de varios centrales, quien aprovechó la inspiración exótica del inmueble existente y lo incorporó con la majestuosa construcción en su fondo de un palacio morisco, proyectado por el arquitecto e ingeniero Pablo Donato Carbonell y construido bajo la dirección del arquitecto italiano Alfredo Colli, conjuntamente con el maestro de obras Suárez, entre 1913 y 1917.

El edificio progresó en medio de la primera guerra mundial, cuando los precios del azúcar dieron lugar a las llamadas vacas gordas en la economía cubana, breve época de realización de ensueños arquitectónicos como el Palacio

de Valle, uno de los más notables de la Isla. Aunque en sus fachadas y planta baja predominaba el recuerdo hispano árabe, los interiores se decoran con los más variados estilos europeos, gótico primitivo, Imperio, Luis XVI y en la planta alta el estilo veneciano resulta predominante, siendo ésta el área menos decorada. Las paredes de los salones principales, estucadas y pintadas, reproducían a relieve una frase tomada del Corán: “Solamente Dios, es Dios”. La fantasía ecléctica creaba una arquitectura apropiada para el disfrute de la arquitectura como historia, emulando con las escenografías cinematográficas. Se utilizaron materiales y artesanos de diferentes países. Los materiales, mármol, alabastro, bronce, cerámica y cristal, fueron importados de España, Italia y Estados Unidos, menos las maderas preciosas cubanas. En su azotea se alzan tres minaretes y una glorieta, con excelentes vistas a la bahía. Las tres torres, de diferentes estilos, tienen también una peculiar simbología: la derecha representa la fuerza, la del centro, con cierto aire de mezquita india, simboliza la religión, y la de la izquierda el amor. La reja de hierro perimetral del extenso jardín, calificada de agarena, se consideraba una verdadera obra de artesanía. Poco pudo disfrutar su propietario de su fabuloso palacio, pues Del Valle falleció de un infarto en 1919 un día fatal en que le informaron sobre una irreversible tendencia a la caída de los precios de azúcar. Su viuda y sus ocho hijos salieron hacia la península para no volver y la maravillosa casa quedó al cuidado de su sirvienta catalana María Covadonga.

En la época de los años cincuenta, abierta a las inversiones turísticas, la residencia tomó otro rumbo. José López Vilaboy, testaferro de Fulgencio Batista, en sociedad con la viuda de Acisclo Valle y sus herederos,



estableció la Compañía de Fomento y Turismo de Cienfuegos, S. A., para la construcción de un motel en los jardines y un casino en el Palacio. El proyecto fue encargado a la firma de los arquitectos Eduardo Cañas Abril y Nujim Nepomechie, destacados en esos años por la construcción de proyectos importantes como la casa Eugenio Leal en el reparto Miramar, donde la madurez de la técnica del hormigón armado se conjugaba con los artísticos murales de Mario Carreño y Amelia Peláez.

La inauguración del Hotel Jagua, con 144 habitaciones y dos suites contenidas en siete plantas, construido a un costo de dos millones y medio de dólares, tiene lugar en las Navidades de 1959, con un banquete ofrecido a los miembros del Club de Leones de Cuba, en el marco de la celebración de la convención Nacional de dicha institución. Está considerado como un valioso testimonio del racionalismo en Cuba. Cada habitación posee balcones privados en forma de mirador, que permiten el disfrute del exuberante paisaje de mar, su bahía, las montañas del Escambray y la ciudad de Cienfuegos. En su arquitectura están presentes las líneas puras, soluciones rectilíneas y sencillas, pues se proyecta como un conjunto abierto sin barreras, en el que su pintoresca fachada principal apaisada presenta una elegante inflexión al centro y a la altura de la caja de elevadores, que destierra toda monotonía; presenta balcones con barandas de vivos colores combinados, los que forman una agradable expresión.

Al triunfo de la revolución se descartó rápidamente la idea inicial de convertir el Palacio de Valle en casino y surge allí la Escuela de Artes Plásticas “Rolando Escardó”, bajo la dirección del insigne escultor cienfueguero Mateo Torriente.

Palacio Azul y Casa de Chalía Cacicedo

*Palacio Azul. Calle 37 (Pedro Antonio Aragonés) esquina avenida 12 /
Casa Verde. Calle 37 (Pedro Antonio Aragonés) entre avenidas 0 y 2. Reparto Punta Gorda*



Las quintas del reparto Punta Gorda junto al mar, más que viviendas de veraneo se convirtieron en sitios de residencia permanente para algunas familias acaudaladas por su cercanía a la ciudad y por su relativo aislamiento de la agitada vida diaria del centro. Allí trasladaron sus modelos de viviendas, ahora aisladas y rodeadas de amplios jardines dentro de un ambiente de calma y un panorama y de vistas naturales privilegiadas. El llamado Palacio Azul, construido en 1925 para la familia Menéndez Acebal por el arquitecto e ingeniero civil Federico Navarro, es uno de esos elegantes ejemplares, de notable escala y circundada de portales y logias, con una valiosa persianería, y rematada en la azotea por un mirador de cúpula esmaltada. No muy lejos le sigue la llamada Casa Verde, otra residencia marcada por el uso del color, construida hacia 1935 para Chalía Cacicedo, que se distingue por sus amplios salones y terrazas con vistas al mar y una profusa decoración interior, además de contar con sus propios baños de mar.



09

FISGONEOS CIENFUEGUEROS

Cayo Ocampo y el primer bojeo a la isla de Cuba

En el año 1508 el Gobernador de La Española, Nicolás de Ovando, ordenó ampliar las fronteras del Nuevo Mundo y para ello envió sendas expediciones a Cuba y a Borinquén (actual Puerto Rico). Para la primera expedición comisionó al navegante gallego Sebastián de Ocampo, con la encomienda de realizar un bojeo completo por las costas de Cuba para determinar si era una isla, como aseguraban los indígenas, o tierra continental, tal y como había afirmado Colón, y cuál era su longitud exacta.

El bojeo se realizó con dos navíos y duró 8 meses, comenzando por Maisí y Baracoa y recorriendo toda la costa norte: enfiló Ocampo hacia Moa y la bahía de Tánamo y luego a Nipe. Se identificó el colombino Cabo de Cuba, y Bariay, Gibara y Puerto Padre, y al poco apareció la bahía de Nuevitas, cayo Sabinal y el resto y el archipiélago de Sabana-Camagüey, continuando hasta Punta de Hicacos, donde hoy se encuentra Varadero. Después de la bahía abierta de Matanzas, Ocampo divisó el puerto de Carenas o bahía de La Habana, donde hizo escala para reconocerla y reparar sus naves.

Finalmente llegaron al cabo de San Antonio, poniendo rumbo sur. Al poco de navegar identificaron Cabo Francés, al sur de la ensenada de Cortés, por el meridiano 84 oeste, donde el Amirante dio la vuelta en 1494 durante su segundo viaje al Nuevo Mundo, cuando trataba de comprobar por la costa sur lo mismo que estaba haciendo Sebastián de Ocampo: comprobar si Cuba era una isla o un continente. En aquella ocasión las prisas y el ansia le indujeron a afirmar tajantemente que aquello era el continente asiático, pues

necesitaba llevar esta noticia ante los reyes para no perder la credibilidad y de esta manera continuar con sus viajes.

Los dos navíos continuaron después hasta la bahía de Jagua, que exploraron y donde recalaron en un pequeño cayo en su interior -donde descansaron y se proveyeron de leña y agua- que aún lleva el apellido Ocampo. El navegante informaría al rey de España que "... este puerto que sus habitantes llaman Jagua es de los mejores y más seguros para mil naos que se puedan hallar en el mundo".

Tras seguir su ruta por la costa sur llegó la expedición al Golfo de Guacanayabo y más tarde la tripulación se deleitó con el verde paisaje montañoso de la Sierra Maestra y los riscos del Maisí meridional, percatándose Sebastián de Ocampo de que habían completado una vuelta completa a la isla de Cuba y que Colón se equivocó. Quedó así abierto el camino para la conquista y colonización de Cuba, y en Cayo Ocampo, que hoy se puede visitar en barco desde Cienfuegos, un testigo de excepción de aquella gesta.



Benny Moré y la Orquesta Aragón



La inmortal canción de Benny Moré es todo un himno en Cienfuegos...

*Cuando a Cienfuegos llegué
y esa ciudad quise verla
Ya que la llaman “La Perla”
ahora les diré porqué.*

Dice el estribillo de la canción del Benny que “Cienfuegos es la ciudad /que más me gusta a mí”.

Moré, el músico popular más grande que ha dado la isla, era del pueblo cienfueguero de Santa Isabel de las Lajas y de allí salió este descendiente de un rey de una tribu del Congo capturado en la selva y traído a Cuba como esclavo para conquistar los escenarios de La Habana, de México y de toda América, hasta convertirse en el Bárbaro del Ritmo.

Imposible resumir en una simple crónica la trayectoria musical de [Bartolomé Maximiliano Moré Gutiérrez](#), el mayor de 18 hermanos de una humilde familia cubana, quien se fabricó su primer instrumento a la edad de seis años con una tabla y un carrete de hilo y tuvo que dejar de estudiar muy pronto para ayudar a su familia. Su temprano paso por el afamado trío Matamoros, su estancia en México y su conexión con el creador del mambo Dámaso Pérez Prado, con quien grabó antológicos temas como Guanabacoa, Locas por el mambo, Viejo cañengo, El suave, Que cinturita, María Cristina, Pachito eche y Dolor carabalí, entre otras canciones, y su colaboración inolvidable con las mejores orquestas de la época, como la de Bebo Valdés, lo catapultaron hacia el éxito, aunque el verdadero terremoto llegó en 1953 al crear su propia banda gigante, formada por míticos instrumentistas, con la que revolucionaría el panorama musical de la época.

Su voz, sus arreglos, su carisma y legendario repertorio en el que destacan mambos como Bonito y Sabroso y Así es la humanidad, los sones Que bueno baila usted o



Vertiente Camagüey, inmortales guaguancós y rumbas como Rumberos de ayer, los boleros Dolor y perdón, Mi amor fugaz o No te atrevas, además de inolvidables chachachas, guarachas y guajiras, elevaron al Benny al Olimpo de la música cubana de todos los tiempos.

De Cienfuegos también es la legendaria Orquesta Aragón, agrupación perteneciente a las llamadas charangas francesas, fundada en 1939 por el contrabajista Orestes Aragón. Fue una de las orquestas populares de Cuba en los años cincuenta. En un principio su repertorio estaba compuesto por danzones, boleros, guarachas y otros géneros de la música cubana, pero con el triunfo del chachachá, [La Aragón](#) se convirtió en la principal intérprete de este género, al que llevó a su más refinado nivel creativo e instrumental

La caída del inglesito



Desde el estallido de la primera guerra de independencia (1868-1878), los campos cienfuegueros fueron escenario de importantes capítulos bélicos y de batallas legendarias, como la ocurrida cerca de la localidad de Yaguaramas en 1876, donde cayó a la edad de 26 años el brigadier [Henry Reeve](#), “el inglesito”, llamado así por su procedencia norteamericana. Reeve llegó a ser uno de los oficiales de mayor carisma del bando mambí y su singular historia forma parte de la mitología del bando que luchó por liberar a Cuba de España.

Siendo apenas un adolescente, Reeve participó en la Guerra de Secesión de su país como tamborilero del Ejército de la Unión. Al enterarse del alzamiento en Cuba iniciado en La Demajagua por Carlos Manuel de Céspedes en 1868, Reeve se ofreció voluntariamente a ir a Cuba como expedicionario. Arribó a Cuba en 1869 a bordo del vapor Perrit como parte de una Fuerza Expedicionaria. La expedición fue emboscada por el ejército español mientras descargaban los materiales y Reeve fue hecho prisionero, junto a muchos otros. Los españoles los fusilaron a todos y los dejaron sin enterrar, dándolos por muertos. Reeve tenía cuatro heridas de bala pero tuvo suficientes fuerzas para arrastrarse y fue encontrado por fuerzas independentistas cubanas.

A partir de entonces, fue conocido entre las tropas como Enrique, el americano y apodado “El Inglesito” por el Mayor General Ignacio Agramonte. Reeve ascendió rápidamente bajo su mando. A cambio, Reeve dio a Agramonte su apodo: “El Mayor”. Bajo el mando de Agramonte, Reeve participó en muchas acciones,

incluyendo el rescate del Brigadier Julio Sanguily en octubre de 1871, donde Agramonte, Reeve, y otros 34 jinetes vencieron a una tropa española de 120 hombres.

Durante una acción decisiva, Reeve se abalanzó sobre una batería de artillería enemiga, levantando la moral del ejército independentista cubano, pero recibiendo una gravísima herida en la pierna. Por sus acciones, fue ascendido al rango de General de Brigada (Brigadier). Expuesto a las durísimas condiciones de la manigua y por las heridas de sus piernas, los médicos le aconsejaron que no volviera a cabalgar otra vez, pero Reeve perseveró y pudo volver a caminar, aunque tenía que ser atado a la montura del caballo para poder cabalgar.

Así, continuó liderando el afamado cuerpo de caballería de Camagüey hasta su caída en combate. Tras la muerte de Agramonte en Jimaguayú el 11 de mayo de 1873, Reeve subordinó al General Máximo Gómez la legendaria Caballería Camagüeyana. Bajo su mando, participó en la fallida invasión del Oriente al Occidente de Cuba. Estancada la invasión en la provincia de Matanzas en el verano de 1876, los españoles aniquilaron su pequeña escolta en Yaguaramas. Imposibilitado de cabalgar, Reeve se pegó un tiro en la sien con su revólver para no ser capturado por el enemigo.

Su cadáver, como trofeo de guerra, fue traído hasta Cienfuegos y expuesto en el hermoso cementerio de Reina, donde se supone fue enterrado.

La Batalla de Mal Tiempo

Corrían los finales de 1895 y estaba en marcha la tercera Guerra de Independencia de Cuba, cuando tuvo lugar la Batalla de Mal Tiempo, una de las más importantes acciones llevadas a cabo por las fuerzas mambisas en la invasión hacia occidente durante la guerra contra el colonialismo español.

El Capitán General de la isla, Arsenio Martínez Campos, comprendió que el avance del Ejército Libertador desde oriente era inminente, y en un desesperado intento por detener el empuje insurrecto concentró gran cantidad de tropas en la zona de Cruces. En unas tres horas concluyó la acción de Mal Tiempo, con gran éxito para las armas cubanas. La acción fue definida por una de las cargas al machete más trascendentes protagonizadas por las tropas de Maceo a la vanguardia; al centro el General Máximo Gómez, seguido de Serafín Sánchez y, a la retaguardia, el Brigadier Luis de Feria.

Mal Tiempo sirvió, además, para desmontar el mito de la invulnerabilidad del cuadro español y demostrar, una vez más, la irrevocable decisión de los cubanos de alcanzar a cualquier precio la independencia de Cuba. El fracaso de la batalla para los españoles demostró la influencia negativa del reclutamiento forzoso, manifestándose en la falta de ideal común.



El desastre de Mal Tiempo facilitó a los independentistas cubanos la obtención de un cuantioso botín de guerra compuesto por 150 fusiles Máuser, 60 Remington, 6 cajas de municiones, caballos de los oficiales y de la tropa, las acémilas, los equipos, el botiquín y la bandera y la documentación del Archivo, por las cuales se pudo identificar la columna destrozada. En aquel combate, el Ejército Libertador causó alrededor de 200 bajas al ejército español. Las fuerzas independentistas solo reportaron cuatro muertos e igual cantidad de heridos.

Este combate marca el fin de la primera etapa de la invasión, dando inicio a una nueva estrategia y táctica

de los independentistas. En los aspectos políticos tuvo gran trascendencia, pues en el contexto nacional reafirmó la decisión y posibilidad real de avance hacia Occidente. En el ámbito local posibilitó consolidar el movimiento independentista del territorio, e hizo sentir en la zona aún más la política de hostigamiento hacia la población por parte del Ejército Español.

Martínez Campos estaba hospedado en el hotel La Unión de Cienfuegos cuando conoció la noticia del combate, y salió del establecimiento a uña de caballo para tratar de detener el avance de la tropa mambisa.



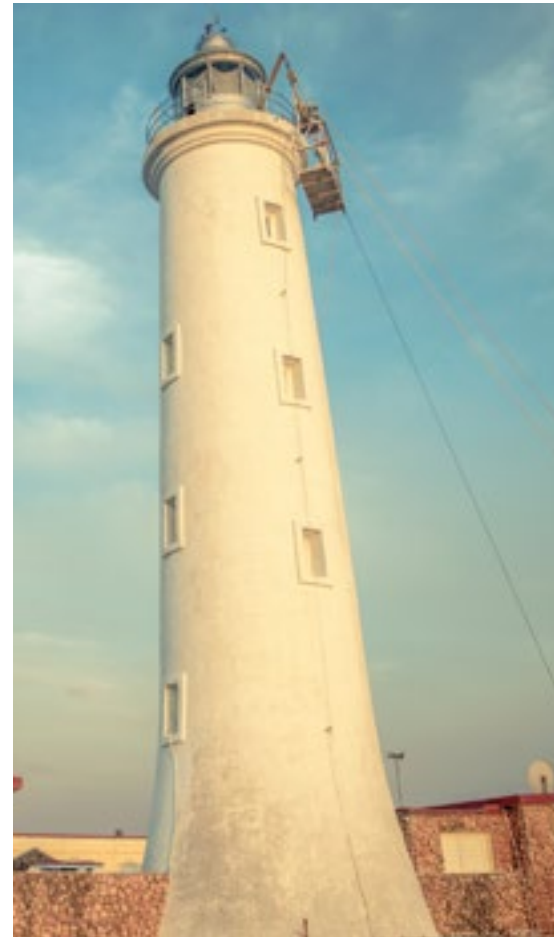
EL Faro de Cienfuegos

Ya en 1846 el tráfico comercial del puerto era considerable y se veía la necesidad de instalar en la boca de la entrada del canal de la bahía un faro que asegurara la navegación de acceso a la rada cienfueguera. El 16 de julio de ese año los comerciantes se dirigieron a las autoridades españolas en los siguientes términos: “Reconocida la conveniencia de situar un fanal a la entrada de esta bahía... y penetrados en la imposibilidad en que hoy se halla la Real Junta de Fomento por sus muchas atenciones, de facilitar los fondos para ello, estamos dispuesto a costear por suscripción el importe de la farola necesaria y a que se recarguen los buques que lleguen a nuestra consignación con el impuesto que se crea justo para subvenir los costes de celador y mantenimiento.”

Fue estudiado el mejor lugar para su instalación y se eligió la Punta de los Colorados, a barlovento de la entrada del puerto, tanto por ser el punto más avanzado en el mar, como por la calidad de su terreno, situado en los 22º 02.1 Latitud Norte y 80º 26.5 longitud Oeste. Se dio la tarea de elaborar el proyecto al teniente coronel de ingenieros Francisco de Albear, que en febrero tuvo listos dos proyectos, decidiéndose por el que tenía dispuesto alojar en su interior la habitación del torrero, facilitando así la defensa contra la agresión de posibles asaltantes.

Las obras comenzaron en agosto de 1848, iniciándose con la construcción de un camino hasta ese lugar, utilizándose en las labores presidiarios y negros esclavos. Debido a la insalubridad del lugar se notificó al final de la obra el fallecimiento de ocho de las personas que laboraron en su instalación.

El 5 de marzo de 1849, se terminó de edificar la torre. Se le instaló un sistema de iluminación francés del modelo Fresnell, el cual quedó listo el 1 de marzo de 1851. Según la práctica de poner a los faros los nombres de capitanes generales u otros altos representantes de la Corona en la Isla, y ya conferido al de Maisí el del Capitán General de la Isla José de la Concha, se determinó poner al de Cienfuegos el nombre de Villanueva, en



reconocimiento al criollo Claudio Martínez de Pinillos, Conde de Villanueva, Superintendente de la Hacienda de Cuba, quien se distinguió por sus gestiones en obtener para Cuba la libertad completa de comercio con el extranjero y supo también ganarse el respeto por sus dotes de financiero y honradez personal.

El encendido definitivo del faro se realizó el 19 de marzo de 1851. En la práctica se comprobó que el

espacio de la torre dispuesto en el proyecto inicial era insuficiente para el alojamiento de los torreros y sus familias, por tanto, el 3 de junio de 1861 la Junta Jurisdiccional de Fomento de Cienfuegos solicitó la construcción de viviendas, que hasta 1867 no se concluyeron. La luz del faro fue utilizada por expediciones mambisas durante la guerra contra el colonialismo español, las cuales desembarcaron en zonas cercanas, entre ellas la de Miguel Betancourt, en el vapor Dauntless, que llegó el 13 de octubre de 1896 por la desembocadura del río San Juan; y la del coronel Fernando Méndez, que en el vapor Sommers Smith desembarcó en el río Arimao el 15 de septiembre de 1897. Durante la Guerra Hispano Cubano Norteamericana, una de las primeras acciones que realizó la flota yanqui fue el corte del cable submarino inglés de comunicaciones de la Western Union, el 11 de mayo de 1898, que entraba en la misma punta Los Colorados. Al siguiente día el faro fue bombardeado por los buques Mablehead y Winslow, mandados por el comandante W. H. H. Southerland, quedando la torre del faro totalmente destruida.

Al concluir la guerra, los norteamericanos valoraron la necesidad de la señalización marítima destruida y colocaron una luz provisional de sexto orden, colgada de un mástil de madera, pero ésta era insuficiente, pues no aseguraba las posibilidades de acceso a la bahía de Cienfuegos, lo que influyó para que las autoridades yanquis ordenaran construir, en el mismo lugar del destruido, un nuevo faro de 19,65 metros de altura focal, colocándosele un aparato lenticular de cuarto orden. Fue inaugurado en 1901, utilizando una lámpara de petróleo de nivel constante, con relámpagos regulares cada 5 segundos y visible a una distancia de 15 millas con un costo total de 25 183.67 pesos. En marzo de 1952 se sustituyó el sistema de alumbrado por otro de incandescencia por vapor de petróleo a presión. Después del triunfo de la Revolución, el 26 de junio de 1969, se electrificó y recibió una remodelación, construyéndosele en 1970 nuevas viviendas para los torreros, teniendo actualmente un alcance visible de 38 millas náuticas y además posee un radio faro.

Los cabildos de nación cienfuegueros

Durante la esclavitud en el Caribe era costumbre de los amos blancos separar a los africanos provenientes de las mismas naciones para dificultar la comunicación entre ellos. No obstante, desde el primer siglo de la colonización española y de la esclavitud africana en Cuba se formaron los “cabildos de nación”. Los cabildos eran organizaciones de esclavos, o exesclavos, que se reunían según su procedencia étnica o nacional. Estas fraternidades o sociedades, a las que se les llamó cabildos, fueron permitidas por los españoles en Latinoamérica y consistían en una junta o asociación de carácter religioso. Su origen radica en Sevilla durante el siglo XIV y desde entonces estos cabildos fueron usados por las autoridades, además de para promover la religión católica, para controlar a los diversos grupos étnicos y sociales de la comunidad. El primer cabildo del que se tiene evidencia en Cuba fue el cabildo Changó creado en 1568.

La membresía de los cabildos de nación se caracterizaba por la pluralidad social y económica. El elemento unificador era que todos habían sido esclavos en algún momento, lo que los impulsó a luchar por la emancipación de otros esclavos. Los cabildos también recolectaban dinero para los tiempos de necesidad (hambre, enfermedad, muerte). Asimismo, les proporcionaban a los esclavos la oportunidad para consultar a sus deidades y ancestros, mantener su idiosincrasia africana en un nuevo



ambiente, su música, danzas, cantos y rezos, al ritmo de sus tambores.

Como estas organizaciones africanas tocaban sus instrumentos y bailaban sus danzas tradicionales, debido a las quejas de los vecinos por los “sonidos desagradables” que provenían de los tambores, la mayoría de los cabildos fueron ubicados a las afueras de la ciudad, lo que les dio mayor autonomía en sus acciones al ser menos vigilados. Con el correr del siglo XIX, y debido a las constantes revueltas esclavas, las reglamentaciones fueron cada vez más estrictas, hasta que los cabildos fueron prohibidos en 1888.

En un principio, los cabildos de nación agrupaban a esclavos nacidos en África y de un mismo origen africano, pero con el tiempo se formaron cabildos con varias naciones e incluso, de esclavos criollos. Con el cambio de siglo, los cabildos se transformaron en sociedades culturales, políticas y de ayuda mutua; a través de ellos los afrocubanos defendieron sus derechos durante la primera mitad del siglo XX. A pesar de que en su origen, los cabildos fueron concebidos como estrategia para controlar a los esclavos, sirvieron como armas de resistencia cultural y que, al mismo tiempo, propiciaron la transculturación en la sociedad cubana.

En la localidad de Palmira, situada a 12 kilómetros al norte de Cienfuegos, se pueden visitar hoy varios cabildos de nación conservados en buenas condiciones, como son El Cristo, San Roque, San Antonio, Santa Teresa y Santa Bárbara, donde se atesoran diversos objetos religiosos, imágenes e instrumentos musicales confeccionados por esclavos. En Cienfuegos se encuentra el Cabildo de Santa Bárbara, que conserva los tambores batá de María del Carmen Soler, descendiente de esclavos que tenía asentado el orisha Chango. Se conserva además el bastón de mando de Basilia Acea, hija de Elegua y fundadora de ese cabildo, y una de las imágenes más antiguas que existen del orisha Yewa.

10

TRADICIONES Y LEYENDAS DE CIENFUEGOS

NUESTRAS TRADICIONES Y LEYENDAS

Para comprender el alma de los pueblos, es tan necesaria la investigación de hechos y acontecimientos, instituciones y monumentos, como el estudio de sus mitos, leyendas, tradiciones, consejos, cantos populares, etc. En ellos está la infancia del pueblo, su poesía primitiva, la fuente de su sensibilidad, el origen de sus creencias y el germen de sus futuras aspiraciones.

Este servicio contiene leyendas y tradiciones de Cienfuegos recopiladas y publicadas en 1919 por los investigadores Pedro Modesto y Adrián del Valle. Pertenecen a tres épocas distintas. La de los siboneyes de Jagua en la época pre-colombina. Algunas de ellas se basan en la mitología india, sumamente original, no exenta de poesía, y que, como todas las mitologías, supone un gran esfuerzo intelectual de los hombres primitivos en su afán de explicarse el misterio de la vida, todavía no resuelto por los civilizados con toda su gran ciencia y profunda filosofía.

Asimismo encontrarán las tradiciones que tienen por épocas la del descubrimiento y colonización de Cuba, y por último, las del período más cercano a la fundación y primeros años de Fernandina de Jagua, transformada hoy en la moderna y progresiva ciudad de Cienfuegos.

AZURINA

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

Transcurrieron bastante años desde el día en que el bueno de Joseph Díaz se estableció en Jagua. El sol había curtido y tostado su rostro y el tiempo blanqueado sus cabellos; pero en contacto siempre con la madre naturaleza, ajeno a las angustias, trabajos y sinsabores que proporciona la civilización, gozaba de fuerza, salud y alegría, dispuesto siempre a ayudar con su esfuerzo y consejos a los sencillos siboneyes, y siendo por estos querido y respetado.

Hemos insinuado que Díaz mantenía relaciones con los piratas que frecuentaban aquellas costas, y podemos añadir que no eran pecaminosas, pues Díaz no tomaba parte en las fechorías de aquellos, limitándose a contratos que no podía eludir, so pena de convertirlos en peligrosos enemigos.

Cierto día recibió en su modesto bohío de Tureira la visita de un famoso pirata, cuyo nombre no se ha cuidado de transmitirnos la tradición. Le acompañaba una hermosa mujer, de aspecto enfermizo, y cuyas formas dejaban adivinar que no tardaría en ser madre.

- José Díaz -díjole el pirata-, eres hombre bueno y honrado, en que un desalmado como yo puede fiar. Vengo a pedirte un favor, por el que te daré lo que pidas.

- No pongo precio a mis favores,- limitóse a contestar.

- Pero yo sé pagarlos para no tener que agradecerlos. Voy a dejar en tu casa y a tu cuidado a esta mujer.

- ¿Tu hija?- pregunto Díaz.

- No.

- Tu esposa tal vez.

- Nada debe importarte lo que ella sea para mí. Te basta saber que me intereso por ella, y sobre todo, por el ser que lleva en sus entrañas. Cuídala con solicitud, porque ha perdido la razón, y cuando sea madre, toma al hijo bajo tu protección y sírvele de padre.

Así lo prometió Díaz, y seguro del cumplimiento se retiró el pirata, dejando en el bohío junto con la joven, buen número de arcas y cofres, que hizo traer por sus marineros, y que contenían preciosos trajes, ricas joyas, odoríferas resinas y perfumadas raíces, cuanto pudiera apetecer la dama mas coqueta y encaprichada. Sin embargo, nada de ello parecía interesar a Estrella, -que tal era el nombre de la joven, -quien permanecía quieta, muda, insensible a ruegos y preguntas, vaga la mirada, como perdida en el vacío. Tan solo de vez en cuando, adquirían sus ojos dolorosa expresión, y se movían sus descoloridos labios, pronunciando aisladas palabras, sin ilación ni sentido. Fugaces alucinaciones la dejaban postrada, con leves temblores en todo el cuerpo.

¿Quién era aquella mujer? ¿Que terrible misterio encerraba su vida? Imposible saberlo. Nada ella podía decir, y nada el pirata había dejado entrever. Podía ser una cautiva, retenida violentamente por el pirata, sumida en la locura tras una gran tragedia. Díaz tenía esperanzas de conocer la verdad de boca de la misma joven, a la que prodigaba los más solícitos cuidados y atenciones. Desgraciadamente, si bien mejoro algo de salud, no recobro la razón; y cuando a los pocos meses dio a luz, sucumbió en el parto, llevándose a la tumba el misterio de su vida. El tierno ser que dejó en el mundo, era una preciosa niña, a la que Díaz bautizo con el nombre de Azurina.

AYCAYIA

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

De las siete hermosas bailadoras y cantadoras que tenía el cacique en su corte, seis perecieron en el naufragio de la piragua; la que había escapado a la muerte, -bien por su involuntario retardo al entretenerse en su tocado, o porque previamente fuera advertida por el behique que sentía por ella especial predilección-, llamábase Aycayia y era de las siete la más hermosa, la que bailaba con más arte y cantaba con más dulce y melodiosa voz. Así no es de extrañar que ella sola siguiera perturbando la tranquilidad de la grey, alejando a los hombres del trabajo, apartándolos del cumplimiento de sus deberes guerreros y llevando la desunión a los hogares.

De nuevo se reunieron en consejo el cacique, los ancianos y behiques, y por segunda vez acudieron en consulta al todopoderoso Cemí que les habló de este modo

- Aycayia encarna el pecado, el pecado de la belleza, del arte y del amor. Proporciona a los hombres el placer; pero les hace sus esclavos, robándoles la voluntad. Y su diabólica fuerza está en que satisfaciendo a todos, no se entrega a ninguno. Virgen es y virgen morirá. Si queréis vivir tranquilos, arrojadla de vuestro seno.

El consejo del Cemí fué seguido. Aycayia, condenada a vivir aisladamente en compañía de una anciana llamada Guanayoa, fue llevada a un solitario lugar llamado hoy Punta Majagua. Desgraciadamente, no por ello mejoró la situación. Era tal el imperio que sobre los hombres ejercía la bella bailarina, que a diario acudían a Punta majagua los siboneyes, abandonando trabajos y hogares, con el solo objeto de ver a Aycayia ejecutando sus danzas maravillosas, en las que hacía prodigios de agilidad y destreza, y oírla cantar con su voz dulce y acariciadora.

Como es natural, todos rivalizaban en obsequiarla, llevándole frutos, plumas, conchas, laminillas de oro y

otros adornos propios para satisfacer la femenil vanidad; y ella a todos sonreía y de todos aceptaba el obsequio, sin que ninguno pudiera jactarse de ser el preferido.

Las pobres indias de Jagua se veían abandonadas, las casadas de sus esposos, las doncellas de sus novios, quienes solo tenían ojos y oídos para la incomparable Aycayia. Acudieron en queja al cacique, y este la traslado al behique principal, que trató en vano de que las descarriadas ovejas volvieran al redil. La bella desterrada, podía más que todas las amenazas y conveniencias.

Entonces el behique acudió al medio supremo infalible: consulto por tercera vez al Cemí de la diosa Jagua, quien le entregó unas pequeñas semillas de color negro, a la vez que le daba las siguientes instrucciones:

- Estas semillas, son un amuleto contra el olvido y la infidelidad. Entrégalas a las mujeres, encargándoles que las siembren en sus huertos. Cuando florezcan, cesaran sus inquietudes y congojas y obtendrán de nuevo el cariño de sus novios y esposos.

Las semillas, con solícito cuidado plantadas por las mujeres, dieron origen al árbol conocido hoy con el nombre de Majagua o Demajagua, que significa de Madre Jagua, cuyas hojas, flores y madera son consideradas desde aquel entonces como amuleto o preventivo de la infidelidad conyugal.

Crecieron los árboles y al brote de sus primeras flores, sobrevino un violento huracán, que barrió la barbacoa o casa alta sobre el agua que ocupaban Aycayia y su anciana acompañante. Las olas enfurecidas arrastraron a las dos mujeres al mar. La joven fue transformada en ondina o sirena, y la vieja en tortuga, terminando así el funesto y avasallador imperio que la bella y sin igual Aycayia ejercía sobre los siboneyes de Jagua.

No está conteste la tradición respecto a la actuación de Aycayia en el mar. Unos la suponen ondina solitaria, vagando dentro de la bahía de Jagua o en el mar libre, soplando en un enorme y nacarado cobo, gran caracol de nuestros mares antillanos cuyo bronco sonido se confunde con el ruido que hace Caorao, el dios de la tempestad. Otros, en cambio, la creen acompañada, cabalgando sobre Guanayoa, convertida en enorme y asquerosa tortuga, pero también soplando en el cobo, condenada eternamente a vagar por el mar embravecido, purgando el pecado de haber sido en la tierra, bella, seductora y virgen.

EL CAIMÁN

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

Es el caimán un animal que los conquistadores hicieron genuinamente americano, pero ni por su figura repulsiva ni por sus hechos nada recomendables, hace honor al grande y magnífico continente descubierto por Colón.

Ateniéndonos a la clasificación zoológica, el caimán es un reptil del grupo de los saurios o lagartos, figura en la subclase de los hidrosauros, orden de los cocodrilos, suborden de los procélidos, familia de los aligatóridos.

Si no al natural, cuando menos dibujado o pintado habrá visto el lector algún caimán, así que no nos creemos obligados a hacerle su descripción. Si el lector es cienfueguero y la curiosidad le aguijonea, no le será difícil satisfacerla dándose una vueltecita por la cercana Ciénaga de Zapata, donde tanto abundan nuestros cocodrilos, impropriamente llamados caimanes, esos animales carnívoros de boca ancha, cola larga y patas cortas, tan pesados en tierra como ligeros en el agua.

Medra el caimán en toda la América con excepción de las regiones frías. Colón lo vio por vez primera en el río Chagres, en 1502. Los cronistas de la conquista lo describen con más o menos exactitud. Oviedo lo llama lagarto o dragón y le considera muy distinto del cocodrilo. Herrera le supone sin lengua y distingue los verdes de los pardos, afirmando que los primeros son más fieros y de mayor tamaño. Explica que ponen los huevos en la playa y los cubren de arena, obrando ésta junto con el calor del sol, como agentes incubadores. Los indios dedicábanse a la busca de dichos huevos, que comían con fruición. Para cazar a los cocodrilos, utilizaban un palo terminado en aguda punta por sus extremos, atado por el medio con una gruesa cuerda. Iban nadando al encuentro del animal y al

abrir éste la boca le introducían el palo vertical, quedando en ella clavado. Dirigiase enseguida a la orilla, sujetando el cabo de la soga, que enlazaban en un árbol y tiraban con fuerza hasta que lograban hacer salir al cocodrilo del agua, rematándole a golpes. Otras veces atravesaban el palo de doble punta e el cuerpo de una jutía, que dejaban en la orilla, salía el saurio y pretendía engullirse la presa, logrando solo clavarse en las mandíbulas el palo, quedando a merced de los indios que le atacaban y mataban.

Cuando la conquista de Cuba por Diego Velásquez, en 1511, los españoles solo vieron estos reptiles en el río Cauto y sus afluentes. No se conservan citas de la época de la conquista, que acrediten la existencia de dichos animales en otros lugares, sin embargo, es de creer que abundaran en la región de Jagua, famosa por su caimanera.

En los primeros años de fundación de Fernandina de Jagua, desde 1819 hasta bien entrado el 30, los terratenientes y vecinos que habitaban los terrenos limítrofes a la naciente población, y sobre todo los que residían en la zona Sureste, que comprendía poco más o menos el espacio limitado hoy por las calles de San Carlos al Norte y la de Vives al Oeste, fueron víctimas de las fechorías de un gran caimán que tenía su madriguera en el arroyo que, transformado en zanja, ocupa en la actualidad la calle de Dorticós.

Periódicamente, con regularidad desesperante, los pobres vecinos veían desaparecer sus aves, ganado vacuno, de cerda, y caballar. Al principio creyeron que se trataba de gente de mal vivir, que aprovechaban las sombras de la noche para apropiarse lo ajeno. Observaron, no obstante, que las aves o reses que dormían dentro de cercas o bajo techado, no desaparecían y dedujeron que el ladrón no

EL CAIMÁN

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

debía ser precisamente un hombre, a quien le hubiera sido fácil apoderarse también de los animales que estaban dentro de las cercas.

Dándose cuenta de la existencia de un enorme saurio, dedujeron que él y no otro era el autor de las fechorías nocturnas para saciar su voraz apetito. tomaron algunas precauciones sin gran resultado. El único medio preventivo consistía en encerrar a los animales, pero no todos los vecinos estaban en condiciones de hacerlo, aparte de las molestias y pérdida de tiempo que la operación exigía. Reunidos para considerar sobre asuntos de tan vital interés, acordaron como medio más rápido y expedito tratar de descubrir al malhechor y darle su merecido. Los más perjudicados de los vecinos, llevando a la cabeza a Monsieur Bonón, pusiéronse una noche al acecho, a poco, ruido de ramas que se rompen, pasos torpes de alguien que se avecina y entre las sombras les pareció ver las enormes mandíbulas del saurio y oír el rechinar de sus dientes que trituraban los huesos de alguna víctima.

Monsieur Bonón, que era el único que iba armado de una vieja escopeta de chispa, en cuanto lo divisó, requiriendo todo su valor y ante la respetuosa admiración de sus convecinos, dispúsose a la ejecución del acto heroico que había de librar a la naciente colonia de tan molesto como peligroso enemigo. Levantó el arma, apuntó sin que el pulso le temblara y alzó el gatillo presto a martillar, mas ¡OH prodigio! Al ruido que hizo, volvióse lo más rápidamente que pudo el animal, y al darse cuenta de que lo iban a fusilar a quemaropa, todo angustiado gritó con voz perfectamente humana:

- ¡No tires, Monsieur, que soy tu amigo!

Los compañeros del francés, aterrorizados ante el caso imprevisto, diabólico, sobrenatural, de que un caimán hablara, salieron de estampía, en precipitada fuga, tomando cada uno por donde pudo, sin parar hasta encontrarse en sus respectivas casas, y aseguradas las puertas con doble tranca.

Bonón, que no se asustaba fácilmente y que era poco dado a creer en artes diabólicas, hubo de darse cuenta que el cocodrilo no era auténtico y que bajo su dura piel se escondía alguien de carne y hueso que no le era desconocido. así que, bajando el arma, limitóse a responder:

- Ya te conozco, caimán...

El extraño suceso hubo de intrigar por mucho tiempo a los laboriosos y pacíficos colonos, son que lograran saber a ciencia cierta si se trataba de un verdadero caimán que hablara como hombre, o de un aprovechado prójimo que se fingía para con mayor impunidad apoderarse de lo ajeno.

No somos nosotros los que, a tanta distancia, estamos en condiciones de esclarecer el asunto. Pero si podemos declarar que merced a los esfuerzos de Don Luis Juan Lorenzo y a los buenos oficios del mousierito Don José Capote, el famoso caimán no volvió a molestar a los vecinos. Ciertamente, de tarde en tarde, en tanto el núcleo de población no se extendió por aquella barriada, se notaba la ausencia de alguna que otra ave o res, pero tales fechorías, según malas lenguas, las llevaban a cabo caimanes de paso, amigos de apoderarse de lo ajeno.

LA INDIA MALDITA

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
de Cienfuegos”**, de Adrián
del Valle, 1919.)

Había una hermosa india llamada lasiga. Legítima esposa de un laborioso Siboney conocido por Maitio. Vivían los dos en santa paz y buena armonía, muy de tarde en tarde alteradas por ligeras nubes que empañaban el cielo de la felicidad doméstica. Mientras él se ausentaba para dedicarse a la caza y a la pesca, ella preparaba la comida, cuidaba la siembra, tejía redes y jabas, cumplía todas las obligaciones de una mujer hacendosa.

lasiga era de temperamento ardiente y apasionado. Amaba a su marido, pero no tanto que solo tuviera ojos para él. Y tanto era así, que la primera vez que vio Gaguiano, un apuesto siboney amigo de catar la fruta del cercado ajeno, sintió por él pasión tan abrasadora, que olvidando al confiado Maitio, se entregó sin resistencia, gustando sin tasa los placeres del amor vedado.

Muchas tardes al regresar Maitio, notaba la ausencia de su esposa, quien al volver se disculpaba diciendo que había ido a ofrendar al fruto del bagá a sus familiares muertos, cuando lo cierto era que volvía de sus ilícitas correrías.

Todo tiene un fin en el mundo, y lo tuvo la confianza de Maitio. Camino a su bohío al atardecer de cierto día, sospecha cruel mordió su alma candorosa. Al llegar al desierto hogar, no se limitó a esperar paciente. Preguntó por lasiga a los vecinos, que le informaron haberla visto

pasar con una batea de bagá, seguro indicio de que iría a visitar a los muertos. No se tranquilizó Maitio. Fue a la cercana orilla y embarcó en su piragua, dirigiéndose al caney. Desde lejos divisó, en la playa, una pareja en eterno coloquio. El corazón le dio vuelco. Temía que la sospecha se convirtiera en cruel realidad. Bogó con redoblado esfuerzo y al fin logró desembarcar sin ser visto. Avanzó con cautela y de improviso se presentó a los desprevenidos y confiados amantes, que no eran otros que lasiga y Gaguiano.

Huyó el amante, cobarde, y del pecho de ella se escapó un grito de angustia. Maitio contraído el rostro por el dolor, se acercó y le dijo con ronca voz: - Mil veces maldita seas mujer perjura. Que Mabuya castigue tu infidelidad, condenándote a vagar eternamente por costas, sin esperanza de descansar ni de inspirar compasión.

Al instante fue trasformada la infiel lasiga en monstruo marino, que se aparece de tarde en tarde, muda, triste y suplicante, a los pescadores solitarios, que en sus botes, piraguas o cachuchas, libran en el mar la subsistencia.

Así por lo menos lo asegura la leyenda. No falta en la actualidad quien crea que realmente existe el origen de la tradición y suponen unos que sea el manatí que viene la aguas del Jucaral, o alguna enorme tortuga o carey que penetra en la bahía de Jagua.

LA DAMA AZUL

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

El Castillo de Jagua

Infestado el mar de las Antillas de piratas, mostraban especial predilección por las costas de Cuba. No contentos con atacar las embarcaciones de alto bordo y las dedicadas al cabotaje, atrevíanse a hacer desembarcos en la isla y saquear sus haciendas y poblados, llegando en su osadía hasta a penetrar, en los primeros tiempos coloniales, en La Habana, Santiago de Cuba y otras poblaciones de importancia.

La época y el estado indefenso de la isla eran propicios para tales desafueros. El oficio de bandido de mar era remunerador, y los peligros no tantos que lo hicieran inapetecible. España no disponía de buques suficientes para perseguir de modo activo a los piratas, y éstos, por otra parte, tenían buenas guaridas en islas y cayos.

El puerto de Jagua era muy visitado por los piratas caimaneros. Su gran extensión, de más de 56 millas cuadradas y especial naturaleza, favorecían las visitas, que nada tenían de agradables para los establecidos en aquellos parajes. Los piratas podían internarse con impunidad dentro de la bahía y permanecer ocultos en las numerosas ensenadas todo el tiempo que les convenía. Fiados en su número y armas, iban de excursión por los alrededores, robando y saqueando bohíos y haciendas, y llevándose en rehenes a los pobladores que caían en su poder, y no los soltaban sin previo y a veces crecido rescate.

Para evitar tan peligrosas incursiones, tratóse en 1682 de fortificar el puerto de Jagua, proyecto que no se llevó a la práctica hasta 1742, erigiéndose sobre una pequeña altura, en la parte Oeste del cañón de entrada, donde forma recodo, el “Castillo de Nuestra Señora de los Angeles” conocido hoy con el breve nombre de “Castillo de Jagua”. Dirigió su construcción el ingeniero militar Don José Tantete y no

se concluyó hasta 1745. Se le dotó de diez cañones de diverso calibre, suponiendo eran bastantes para ahuyentar a los buques piratas. Pero no se contó que éstos disponían de pequeñas embarcaciones, y que podían introducirse dentro de la extensísima bahía por una de las bocas del Arimao, río que tiene dos brazos, uno que desagua en el mar y otro, conocido por “Derramadero de las Auras”, que se dirige a la Laguna de Guanaroca, y comunica por un estero con la bahía. Y sucedió que a pesar del Castillo y de sus cañones, los atrevidos piratas seguían haciendo de las suyas con toda impunidad en la bahía, continuando en sus fechorías sin correr grandes peligros. Para cerrarles aquel camino, hubo de construirse una palizada -de la que todavía quedan vestigios- que cubría el “Derramadero de las auras”, logrando así verse al fin libre la bahía de las periódicas e inconvenientes visitas de los piratas.

Fué reputado el Castillo de Jagua, en su tiempo, como fortificación bastante buena, ocupando el tercer lugar entre las de la Isla, correspondiendo el primero y segundo, respectivamente, al Castillo del Morro de La Habana, y al de Santiago de Cuba. Hoy los tres castillos solo tienen valor como monumentos históricos.

Puestos a hacer historia, antes de entrar en la leyenda, no estará de más decir que el primer Comandante del Castillo de Jagua, lo fué Don Juan Castilla Cabeza de Vaca, no sabemos si descendiente de aquel famoso Cabeza de Vaca, explorador y conquistador, pero si de que su esposa Doña Leonor de Cárdenas fue enterrada en la Capilla del Castillo y diez años más tarde lo fué allí también el Primer Capellán del mismo, Pbro. Don Martín Olivera. Castilla además de militar, era hombre de negocios y de iniciativa. Fomentó el primer ingenio de azúcar en Jagua, que estableció en terrenos de la hacienda “Caunao”, de que era condueño, sita a una legua de la bahía. Bautizó dicho ingenio con el nombre de “Nuestra Señora de la Candelaria”; con el trascurso de los años pasó a la sucesión de Doña Antonia Guerrero. Fué esta señora la esposa de Don Agustín Santa Cruz, quien donó los terrenos donde está edificada la ciudad de Cienfuegos.

Y dando de mano a la historia, ávida y enojosa, entraremos de nuevo en el campo de la leyenda, lleno de engañadores espejismos, pero siempre grato y entretenido.

El Castillo de Jagua, aunque de construcción relativamente reciente, conserva sus historias y leyendas, que tuvieron origen en las nocturnas tertulias de los antiguos vecinos del lugar y que fueron transmitidas fielmente de generación en generación. Según una de esas tradiciones, en los primeros años de construido el Castillo de Jagua, a horas avanzadas de la noche, cuando la guarnición estaba descansando y los centinelas dormitaban, rendidos

LA DAMA AZUL

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

por la vigilia; cuando en el vecino caserío de marineros y pescadores todo era silencio; cuando reinaba la quietud y la soledad más solemnes, turbadas únicamente por el monótono ritmo de las olas, y la luna en lo alto del firmamento brillaba esplendente, envolviendo con su luz ténue la superficie tersa del mar y la abrupta de la tierra, entonces un ave rara, desconocida, venida de ignotas regiones, de gran tamaño y blanco plumaje, hendía veloz el espacio y dirigiéndose al Castillo describía sobre él grandes espirales, a la vez que lanzaba agudos graznidos. Como si respondiera a un llamamiento de la misteriosa ave, salía de la capilla de la fortaleza, mejor dicho, se desprendía de las paredes, filtrándose a través de ellas, un fantasma, o sombra de mujer, alta, elegante, vestida de brocado azul guarnecido de brillantes, perlas y esmeraldas, y cubierta toda ella, de cabeza a pies, por un velo sutil, transparente, que flotaba en el aire. Y después de pasear por sobre los muros y almenas del Castillo, desaparecía súbitamente, como si se disolviera en el espacio.

La fantástica visión, se repetía varias noches, produciendo el natural temor entre los soldados que guarnecían el Castillo, todos ellos curtidos veteranos que habían peleado en muchas y distintas ocasiones y que no podían ser tildados de cobardes; sin embargo, aquellos hombres no se atrevían a enfrentarse con la misteriosa aparición, y por temor a ella llegaron a resistirse a cubrir de noche las guardias que les correspondían.

Había en el Castillo un joven Alférez, recién llegado, arrogante y decidido que no creía en fantasmas ni apariciones de ultratumba, estimándolos productos de imaginaciones calenturientas o extraviadas. Rióse de buena gana el Alférez del temor de los soldados y para probarles lo infundado que era, se dispuso una noche a sustituir al centinela. Retiráronse los soldados a sus dormitorios y quedó el joven Alférez paseando, tranquilo y sereno, en la explanada superior del Castillo, sin más arma que su espada.

Hermosa era la noche. Brillaban las estrellas en el firmamento, palidecía su luz por la intensa de la luna. El mar en calma susurraba dulcemente la eterna canción de las olas. De la tierra dormida ni el más leve ruido surgía. El ambiente era de calma y de recogimiento. El temerario Alférez, para distraer las monótonas horas, paseaba y pensaba en su mujer ausente en lejana tierra...

De pronto oyó penetrante graznido y gran batir de alas. En el preciso momento, el reloj del Castillo daba la primera campanada de las doce. Levantó el Alférez la cabeza y vió la extraña ave de blanco plumaje describiendo grandes círculos sobre la fortaleza. Y de las paredes de la capilla, vió surgir y avanzar hacia él, a la misteriosa aparición que los soldados habían dado en llamar la Dama Azul, por el color del rico traje que vestía.

El Alférez sintió que el corazón le daba un vuelco, mas por el esfuerzo de su férrea voluntad dominó los nervios, y fué decidido al encuentro del fantasma...

¿Qué pasó entre la Dama Azul y el Alférez? No lo hemos podido averiguar.

El momento más culminante de esta leyenda, permanece en el misterio. Pero, sí podemos decir, para satisfacer la natural curiosidad del lector, que a la mañana siguiente de aquella noche fatal, los soldados hallaron a su Alférez tendido en el suelo, sin conocimiento, y al lado, una calavera, un rico manto azul y la espada partida en dos pedazos.

Don Gonzalo, que tal era el nombre del joven militar, recobróse pronto de su letargo, pero perdida la razón, y tuvo que ser recluido en un manicomio. En su extraña locura, veía siempre un fantasma, al que en vano acometía, pues al primer intento se desvanecía en el espacio, para aparecérsese de nuevo poco después.

Con respecto a la personalidad del supuesto o real fantasma de la Dama Azul, la leyenda guarda prudente silencio.

No sabemos si la tradición tiene por origen el castigo de alguna dama que vivió reclusa entre aquellos muros y que la rica fantasía tropical revistió su recuerdo con sobrenatural colorido, o es la creación poética de un cuento engalanado por el transcurso de los años, con los atavíos de nocturnas consejas, narradas junto al hogar o en la arenosa playa.

Y todavía es creencia del vulgo supersticioso, que la Dama Azul hace de tarde en tarde sus apariciones, paseando impávida sobre los muros de la hoy abandonada y casi derruida fortaleza. A los primeros rayos de la aurora, se lanza al aire y dando lastimeros gritos se pierde en el bosque del inmediato Caletón.

MARILOPE

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

Más al Norte del bohío que según la tradición ocupaba la familia de Joseph Díaz, y ya en terrenos de Revienta Cordeles, se levanta un kiosco de cemento, construido por la bondadosa y caritativa dama cienfueguera, que tanto ama la tierra natal, la señora Teresa Rabassa, esposa del reputado comerciante y banquero Sr. José Ferrer.

Aquel kiosco es un piadoso recuerdo. Señala el preciso lugar en que se realizó el sacrificio de Mari-Lope.

¿Qué quién era Mari-Lope?

Imagínate, lector, una tierna y hermosa mestiza de español e india, que heredara del padre las facciones caucásicas y de la madre el tinto dorado de la piel, la negrura del pelo y de los ojos, la mirada ingenua y el natural sencillo. Era de genio vivo y alegre, hacendosa, enamorada de las flores y apasionada al canto. Con el mismo cariño con que cultivaba sus silvestres flores, cuidaba de las palomas y pájaros con mimo domesticados. Nadie como ella cantaba con más unción, los areitos religiosos, ni con más ardor los cantos guerreros, ni con más dulzura las historias amorosas de siboneyes y piratas. A todos sonreía con ingenua pureza, a ninguno despreciaba por baja que fuera su condición, pero a nadie mostraba predilección especial, como no fuera a los que le dieron el sér.

Educada por un padre profundamente piadoso, había germinado en ella y florecido lozano el místico amor por lo divino. Su espíritu iluminado se recreaba en las cosas y figuras celestiales; su alma flotaba siempre entre las nubes y reflejos de la gloria y su más ardiente aspiración era ir al eterno Paraíso celestial ofrecido por Cristo a sus adeptos.

Tal era Mari-Lope, la tierna y hermosa doncella.

De más está decir que la admiraban y requerían de amores todos los jóvenes siboneyes de la comarca, de los que siempre había rondando alguno por las cercanías del bohío de Mari-Lope, que se levantaba próximo a los terreros que hoy ocupa el edificio, en construcción, del Yacht Club. Ella, casta y pura, consagrada a sus flores y aladas avecillas repartía los tesoros de su amor entre los que le habían dado el ser y Dios.

Como en el caso de Azurina, hubo de penetrar en la bahía de Jagua una nave filibustera, en busca de reparación. La capitaneaba Jean el Temerario, pirata feroz, de mala entraña y peores instintos, joven todavía y de arrogante figura. Desfiguraban su rostro atezado, la dureza de la mirada y enorme cicatriz que le cruzaba la mejilla izquierda. Al ver a Mari-Lope, concibió por ella ardiente pasión, y sintió el deseo de poseerla; pero cuantas veces se acercó para hablarle de amores, otras tantas fue cortésmente rechazado. Tenaz y terco, no se dio por vencido el pirata, confiando que, si no de agrado, por fuerza había de obtener lo que se proponía.

Una tarde la vio paseando en la solitaria playa. Cauteloso se acercó.

- Y bien, Mari-Lope -la dijo,- ¿persistes en despreciar mi amor?

- He prometido no ser de ningún hombre; pertenezco a Dios.

Jean era a su modo creyente, pero en aquel momento sintió el aguijón de los celos del Ser Supremo que le disputaba el amor de la mujer que él adoraba.

- Mari -arguyó- el amor a Dios no puede impedirte que me correspondas.

- Es inútil, no insistas. No te amo. Puedo ser tu amiga, no tu amante.

- Soy rico y valiente, señor de estos mares, que surco con mi bajel sin temor a nadie. Poseo inmensos tesoros y libre soy de apoderarme de cuantas riquezas estén a mi alcance. Ven conmigo; serás reina y señora, mis marineros tus vasallos, conquistaré para tí una isla, tendrás ricos trajes de seda y brocados, joyas las más costosas, esclavos dispuestos siempre a servirte y a satisfacer el menor de tus caprichos.

Mari-Lope movió negativamente la cabeza y se limitó a responder.

MARILOPE

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

- Guarda para tí las riquezas que me ofreces: no las necesito. No puedo ser tuya, porque soy de Dios.

Frenético de pasión y exacerbado por la negativa, Jean se acerca a Mari e intenta abrazarla. Logra ella, con esfuerzo sobrehumano, desprenderse de los hercúleos brazos que la enlazan y emprende veloz carrera. Próxima al hogar y cuando ya creía segura su salvación, algunos marineros de Jean salieron a su encuentro y a viva fuerza la detuvieron. Cuando llegó el pirata y quiso de nuevo retenerla entre sus brazos, brotó milagrosamente de la tierra, entre la doncella y su perseguidor, un tunal de agudas y penetrantes espinas. Jean, fuera de sí, saca del cinto su pistolete y dispara, hiriendo en la frente a Mari, que cae desplomada, al tiempo que una paloma de blancas alas se remonta por el aire y se pierde tras una nube. El brillo de un relámpago deslumbró a los piratas que al volver en sí vieron arder el cadáver de Jean y el tunal que tan prodigiosamente había brotado. En el lugar que éste ocupara, surge una rústica cruz, hecha de añoso tronco de cují, y como formando la peana de la cruz, aparecen hermosas flores color de azufre.

La fantasía popular, siempre poética y creadora, representa

a Mari vistiendo larga túnica amarilla, con una tosca cruz de madera al pecho, y tocada de largo y flotante cendal, coronada de flores de cují, llevando en la mano una cesta llena de las flores que llevan su nombre: Mari-Lope.

Así termina la tradición. Lector curioso y amante de las glorias de Cienfuegos, si alguna vez sientes el peso de la vida y tu espíritu flaquea, dirígete a las salobres orillas de Tureira y fija tu mirada en la modesta flor de Mari-Lope. Es recuerdo que debe su origen legendario a la pura y candorosa doncella que llevó su nombre.

Si la senda del deber se te hace espinosa, si las púas de la vida rompen tu corazón, si tu alma gime amargada por las hieles de la vida, si el presente es sombrío y el porvenir te aterra, recuerda con amor que una débil doncella te dio ejemplo de heroísmo y que supo morir, pero no ceder ante la fuerza bruta que la perseguía; saluda respetuoso y besa con cariño a la flor modesta a la que nuestros antepasados dieron el nombre de Mari-Lope en recuerdo de la heroína que ofrendó a Dios amores y vida.

EL COMBATE DE LAS PIRAGUAS

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

Al desaparecer la perturbadora Aycayia, volvieron a reinar la tranquilidad, la laboriosidad y las buenas costumbres entre los indios de Jagua. Los campos cultivados proporcionaban viandas, los montes aves y peces el mar. Tampoco inspiraban terror las incursiones de las tribus enemigas, pues los jagüenses se hallaban prestos a defender a punta de flecha y golpe de maza, lo mismo en montes y valles que sobre las aguas, sus queridos lares.

Cambio radical llenó de contento al cacique, a los behiques y ancianos y veían en los beneficios recibidos la mano protectora del Cemí. Por su parte las hacendosas indias seguían regando con esmero a la majagua, el árbol protector de la fidelidad conyugal. Sin embargo, los siboneyes de Jagua no abandonaron por completo sus fiestas y diversiones. Celebraban periódicamente sus batos, o juegos de pelota en el batey del poblado. Dos eran los grupos contendientes, que se lanzaban del uno al otro la pelota fabricada con resina, dándole los jugadores, en el aire, con las manos o las piernas. De vez en cuando tenían lugares los areitos, en celebración de sucesos notables; pero se procuraba no abusar de tales fiestas, que podían tener efecto enervador. En cambio, se celebraban con más frecuencia los simulacros de guerra, bajo la dirección del cacique, en los que los dos bandos rivales se acometían con brío, y a veces las burlas pasaban a veras y llegaban a convertirse en verdadero campo de batalla. Distingúanse en tales simulacros el bravo Ornoya, que había tenido ocasión más de una vez de poner a prueba su valor y el temple de su alma, en fieros combates con indios enemigos, ganando merecida fama de hábil e invencible guerrero. cuántas veces el suelo patrio estaban amenazado de una agresión, Ornoya era nombrado por el cacique jefe de los guerreros encargados de repeler a los agresores.

El principal cacique de una de las islas Lucayas, Ornocoy, viejo zorro muy ducho en el arte de la guerra, del pillaje y del saqueo, deseoso de aumentar su botín y el número de sus mujeres cautivas, preparó una expedición pirática al puerto de Jagua, cuyos moradores tenían fama de indolentes y de buscar los placeres del baile y del canto más que las durezas de la guerra. Reunió su gente, bien armada de arcos, flechas, lanzas y macanas, y embarcándose todos en veinte largas y veloces piraguas, tomaron rumbo a Jagua. La navegación es difícil y penosa, por lo bravío del mar, que juega con las frágiles embarcaciones; pero los lucayos son tan hábiles marinos como esforzados guerreros, y en la lucha constante con los elementos, arriban a las playas de Jagua. Penetran decididos en su puerto, formadas las piraguas en doble fila, blanden en alto las armas y suenan los bélicos fotutos y asordan el espacio con sus gritos de guerra.

En una de las primeras piraguas va el viejo y fuerte cacique Ornocoy y de pie, pintado de negro y rojo el cuerpo, flotan en su cabeza airosas plumas y centellean sus ojos. En la espalda tiene el carcaj lleno de flechas, pende de la cintura el arco y lleva nudosa maza en la mano derecha. Tranquilo y sereno dirige a su gente, seguro de la victoria.

Cundió la voz de alarma por el poblado de los siboneyes y se apoderó el terror y espanto de los pacíficos moradores ante la inesperada aparición de los fieros lucayos. Las madres indias corren a sus bohíos y cargando con sus tiernos hijos se ocultan en las quiebras de los montes, mientras los hombres se dirige de un lugar a otro sin acertar a tomar resolución alguna. El anciano cacique, viendo que no hay tiempo que perder, llama a su presencia al bravo Ornoya.

- Los de Orconoy vienen en son de guerra, - le dice - para robarnos bienes y mujeres, después de matarnos. Nuestra salvación está en tus manos, ahí están mis guerreros, condúcelos a la victoria o a la muerte. A lo que contesta altivo Ornoya:

- Por la diosa de jagua te juro que, o mando al fondo del mar al jefe de los lucayos, o perezco en la demanda.

Corre enseguida a la playa donde le esperan armados pero indecisos los guerreros; arrastran las piraguas al mar, embárcanse ágiles en ellas, retumban los caracoles, blanden lanzas y macanas y gritan retando, avanzando, al encuentro del enemigo.

EL COMBATE DE LAS PIRAGUAS

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
de Cienfuegos”**, de Adrián
del Valle, 1919.)

También Ornoya dirige y alienta a los suyos. Resalta su figura arrogante, de piel bronceada, adornada la cabeza de plumas blancas y azules, armada la diestra de robusta maza.

Terrible es el encuentro. Chocan las piraguas y se acometen con furia lucayos y siboneyes, a punta de lanza y a golpes de maza.

Caen heridos o muertos al fondo de las embarcaciones o en el mar, vuélcanse algunas piraguas y sus ocupantes continúan luchando rabiosamente en el agua. El combate se mantiene fiero e indeciso por largo tiempo. El cacique invasor anima a los suyos y les da ejemplo de bravura blandiendo con singular acierto su terrible macana, que a cada golpe destroza un cráneo enemigo. Ornoya compite con él en valor y fiereza, teniendo en su favor la juventud. Irritado por la persistencia de la lucha y queriendo darle una pronta solución, va decidido al encuentro del temido cacique. Hace maniobrar la piragua y logra acercarse a la que ocupa el jefe lucayo, enfréntase con él, y lo reta a singular combate. Acoméntese fieramente con las macanas. Esquiva Ornoya, con rápido movimiento, un golpe del viejo guerrero y de un salto se precipita en la piragua

enemiga, en alto la maza, que cae pesada sobre la cabeza del fiero cacique Ornoco, que vacila y cae, roto en cien pedazos el cráneo.

La muerte del jefe hizo que los lucayos flaqueasen, mientras que los siboneyes, enardecidos con el ejemplo de Ornoya, que cual genio de la destrucción siembra el terror y la muerte por doquier, redoblan sus esfuerzos hasta conseguir una completa victoria. Las piraguas enemigas que no habían sido destrozadas o volcadas, intentan huir, pero son perseguidas y apresadas. Los prisioneros ascienden a más de dos centenares y entre ellos se cuentan seis caciques. Ornoya da orden de volver a la playa, donde mujeres, niños y ancianos habían presenciado anhelosos el combate y ahora esperan alborozados a los vencedores, a los salvadores de jagua.

La impaciencia hace bullir, gesticular y gritar a la muchedumbre que espera. Se acercan las piraguas de sus guerreros, en dos filas, llevando a remolque las vencidas. Destácase la hercúlea figura de Ornoya, que cruzados los brazos y al viento las leves plumas de su erguida cabeza, asiste emocionado al júbilo de sus guerreros y sonríe a las demostraciones desbordantes del pueblo.

LA VIEJA DE LAS CALABAZAS

(Tomado del Libro:
“**Tradiciones y leyendas
de Cienfuegos**”, de Adrián
del Valle, 1919.)

Corrían apacibles los primeros años de “Fernandina de Jagua”, la colonia que fundara en 1819 Don Luis De Clouet y que ha mucho de tardar hubo de llamarse Cienfuegos, en honor del ilustre hijo de Gijón, el Teniente General de Artillería D. José Cienfuegos y Jovellanos, Capitán General de la Isla, sobrino del insigne escritor, legítima gloria de la literatura hispana, Don Gaspar Melchor de Jovellanos.

...La naciente población de Fernandina de Jagua, aunque de aspecto alegre por la espléndida belleza de sus alrededores y laboriosidad y buena armonía de sus habitantes, no pasaba de ser una modesta aldea de chozas y casuchas de guano “criollo”, todas de sencilla y reciente construcción. Muy pocas eran las casas de madera, contadas las que tenían techado de tejas de madera o maní y rarísimas las que lo tenían de tejas de barro. El aspecto aldeano de la población, lo acentuaba, por otra parte, la íntima y estrecha amistad que mantenían entre sí los primeros colonos, no obstante su diversa procedencia, pues los había franceses, españoles y naturales de la Isla. Todos se conocían y trataban, se ayudaban y prestaban mutuos servicios. Hacían vida cordial, sin querellas, disgustos y rivalidades, aunque es de suponer que no se verían libres de ese chismorreio más o menos inofensivo que es inevitable donde se reúnan media docena de familias y que contribuye no poco a hacer más entretenida su existencia.

Por lo mismo que todos se conocían, la presencia de un forastero era en el acto notada y comentada, y el célebre Pamuá, el tipo popular de la laboriosa colonia, lo ponía en conocimiento de Don Luis. Éste sin pérdida de tiempo procuraba enterarse de la vida y milagros del recién venido y si había llenado los requisitos legales establecidos y estaba dispuesto a trabajar personalmente. en caso negativo, podía tener la seguridad el intruso, que sin miramientos ni contemplaciones había de ser puesto en el camino real, con la recomendación formal de que siguiera andando sin

demora, hasta ponerse fuera de la jurisdicción. En la industriosa colmena fundada por D. Luis sobraban los zánganos.

Cierto día se notó la presencia de una cara extraña, que causó no poca impresión en la tranquila colonia. Se trataba de una mujer ya entrada en años, de aspecto sospechoso y al decir de las comadres con sus puntas y ribetes de bruja. Alta, algo encorvada, ojos pequeños y vivos, nariz corva en conversación con la barbilla, la boca sin dientes, arrugada y terrosa la piel. Dijo llamarse Belén, y en lo sucesivo por Señá o Ña Belén fue por todos conocida. Estableció sus reales en el barrio de las Calabazas, por eso también se la conoció por la “Vieja de las Calabazas”.

La presencia de Ña Belén inquietó por unos días y dio materia de chismorreio a las comadres y aun fue el tema de conversación de las personas sesudas. Nada se sabía acerca de su procedencia. Mientras unos aseguraban que era una infeliz que en busca de mejor suerte había venido del poblado de Yaguaramas, cabalgando en un buey, que era toda su hacienda, otros, dando ya por seguro que se trataba de una bruja, afirmaban muy formalmente que un sábado por la noche había llegado de Canarias, montada en una escoba larga y mugrienta.

Lo cierto es que Ña Belén no fue una carga para nadie y que no hubo motivo para echarla del pueblo, con disgusto de los que, considerándola como verdadera bruja, hubieran deseado verse libres de su poca agradable presencia. Ganábase la subsistencia ejerciendo el oficio de lavandera y practicando el siempre socorrido de curandera, y como tal llegó a adquirir tanta fama, que fue una competidora terrible de los primeros médicos que tuvo la colonia, D. Domingo Mongenié, Don José Vallejo y del boticario D. Félix Lanier.

Algunos aciertos que tuvo al principio Ña Belén, debidos más a la casualidad que a su saber, le dieron fama de curandera, siendo creencia general que podía curar todas las enfermedades, por graves que fuesen. Aquellos fueron los días de gloria de Ña Belén; más ¡ay! no tardaron por su mal en venir los de desgracia. Como tantos otros, la fortuna, tornadiza, le volvió las espaldas.

Sucedió que tomaron incremento las terciarias y las fiebres que empezaban con manifestación de frío, siendo no pocos los colonos atacados. Enseguida le echaron la culpa a Ña Belén. Por si esto fuera poco, la acusaron también de envenenadora y de que enfermaba a los niños con alferecías. La fantasía popular, que se complace a veces en la creación de las mayores aberraciones, que da luego por artículos de fe, supuso que Ña Belén arrebatara, al menos descuido de las madres, a sus hijitos enfermos y a su miserable bohío del barrio de Las Calabazas, con una gran sarta de niños, muertos o moribundos,

LA VIEJA DE LAS CALABAZAS

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
de Cienfuegos”**, de Adrián
del Valle, 1919.)

que le colgaba del brazo. Luego sometía los cadáveres a manipulaciones repugnantes y obtenía grasa misteriosa, y con ella y ciertos signos y palabras cabalísticas, lograba trasladarse todos los sábados, cabalgando en la consabida escoba, a las más distantes regiones, que algunos creían eran las Islas Canarias. Como es de suponer, tales versiones, transmitidas de boca en boca y considerablemente corregidas y aumentadas, infundían alarma y terror en el corazón de las madres, que ni por un momento se atrevían a dejar a sus hijos solos, sobre todo si estaban enfermos.

Es difícil prever a qué extremo de violencia hubiera llegado aquel estado de ánimo colectivo a los pacíficos habitantes del primitivo Cienfuegos, de haberse prolongado algún tiempo. Afortunadamente, de la noche a la mañana desapareció Ña Belén, sin dejar rastro, sin que nadie pudiera decir qué había sido de ella, si había muerto o se la había llevado el diablo. Pero como la incertidumbre no cabe en la mente del pueblo sencillo y candoroso, enseguida vino la explicación de la misteriosa desaparición de la Vieja de las Calabazas. Se dio por cierto y averiguado, que un sábado, en tanto se remontaba la bruja en el espacio, cabalgando en su escoba y llevando una gran sarta de niños muertos colgando de una mano, sosteniendo con la otra un enorme paraguas y rodeada de murciélagos y lechuzas, una madre que acababa de perder a su hijito, al verla, precisamente en el momento que la bruja parecía alcanzar la Luna, la conjuró con los sagrados nombres de Jesús, María y José. Al instante, la maldita bruja estalló como un cohete, sus chispas rodaron por la estrellada bóveda celeste y se apagaron en el horizonte.

Otra explicación se dio de la desaparición de la bruja, sin que obtuviera el favor de la primera, no obstante ser más verosímil. Se rumoró que algunos vecinos que, como el resto del pueblo, achacaban a la bruja las epidemias

reinantes y otros desaguisados, reuniéronse cierta noche, dirigiéronse con sigilo al bohío de la vieja, le dieron muerte y la enterraron en un lugar que más tarde ocupó una tienda de víveres que, por extraño humorismo de su propietario, la denominó con el nombre de “La Vieja de las Calabazas”.

Hay quien asegura que ninguna de las dos apuntadas versiones es la cierta, y que lo sucedido fue que el celoso y avisado Don Luis De Clouet, comprendiendo que era peligroso para la tranquilidad de la colonia, que continuara Ña Belén, procuró convencerla de que debía abandonar aquellos lugares, pues en ello le iba la propia vida, y la vieja, prudente, aprovechó las sombras de la noche para irse sin que nadie la viera.

Cuando alguna curiosa mujer preguntaba a Don Luis:

- ¿Y Ña Belén? ¿Qué es de ella?

Respondía aquel con su castellano marcadamente afrancesado y dando a sus palabras un suave triste irónico:

- Señora, la Vieja de las Calabazas se fue, noticiándome que está dispuesta a volver, si la ocasión se le ofrece, para apoderarse de los niños cuyas madres no los vigilan ni cuidan como es debido, pero yo, señora, no permitiré que la bruja vuelva, porque sabré impedir que las madres dejen abandonados a sus hijos, castigando a la que tal haga.

Efectivamente, la bruja, o lo que fuera, no volvió a Fernandina de Jagua mientras vivió Don Luis.

iOH, vosotras, madres amorosas que idolatráis a vuestros hijos, no los abandonéis, dejándolos en manos extrañas y mercenarias, para satisfacer pruritos de comadreo o ansiosas de mundanas diversiones! Recordad a la Vieja de las Calabazas, que puede cumplir su fatídica promesa de volver y arrebatáros, aprovechando vuestro abandono, al hijo de vuestras entrañas.

GUANAROCA

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

Al Sudeste de la hermosa bahía de Cienfuegos, se extiende una laguna salobre, en la que derrama parte de sus aguas el río Arimao.

Es la laguna de Guanaroca, en cuya tersa superficie se refleja la pálida luna, la dulce Maroya de los siboneyes, productora del rocío y benéfica protectora del amor.

Según la leyenda siboney, la laguna de Guanaroca es la verdadera representación de la luna en la tierra. ¿Conoces la poética tradición, lector? Tiene sabor agreste y primitivo, muy propio de las sencillas creencias de hombres que vivían en contacto directo con la naturaleza bravía, exuberante y cálida.

En los tiempos más remotos, Huion, el sol, abandonaba periódicamente la caverna donde se guarecía para elevarse en el cielo y alumbrar a Ocon, la tierra, prodiga y feraz, pero huérfana todavía del humano ser. Huion tuvo un deseo: crear al hombre, para que hubiera quien le admirara y adorase, esperando todos los días su salida, y viese en él al poderoso señor del calor, la luz y la vida.

Al mágico conjuro de Huion, surgió Hamao, el primer hombre. Ya tenía el astro rey quien lo adorara, lo saludara todas las mañanas con respetuosa alegría desde los alegres valles y altas montañas. Esto le bastaba a Huion y no se preocupó más de Hamao, a quien el gran amor que por su creador sentía, no bastaba a llenarle el corazón. Veíase solo, en medio de una naturaleza espléndida, dotada de una vegetación exuberante, poblada de seres que se juntaban para amarse. En medio de la universal manifestación de vida y amor, sentía Hamao languidecer su espíritu y le afligía la inutilidad de su vida solitaria.

La sensible y dulce Maroya, la luna, compadeciéndose de Hamao, y para dulcificar su existencia, dióle una compañera, creando a Guanaroca, o sea, la primera mujer. Grande fué la alegría del primer hombre. Al fin tenía un sér con quien compartir goces

y penas, alegrías y tristezas, diversiones y trabajos. Los dos se amaron, con frenesí, con inacabable pasión, sin saber todavía lo que era el hastío. De su unión nació Imao, el primer hijo.

Guanaroca, madre al fin, puso en el hijo todo su cariño, y el padre, celoso, creyéndose preterido, concibió la criminal idea de arrebatárselo. Una noche, aprovechando el sueño de Guanaroca, cogió Hamao al tierno infante y se lo llevó al monte. El calor excesivo y la falta de alimento, produjeron la muerte de la débil criatura. Entonces el padre, para ocultar su delito, tomó un gran güiro, hizo en él un agujero y metió dentro el frío cuerpo del infante, colgando después el güiro de la rama de un árbol.

Notando Guanaroca, al despertar, la ausencia del esposo y del hijo, salió presurosa en su busca. Vagó ansiosa por el bosque, llamando en vano a los seres queridos, y ya, rendida por el cansancio, iba a caer al suelo, cuando el grito estridente de un pájaro negro, probablemente el judío, hízole levantar la cabeza, fijándose entonces en el güiro que colgaba en la rama del próximo árbol. Sea por la innata curiosidad que ya se manifestaba en la primera mujer, o por un extraño presentimiento, Guanaroca sintióse compelida a subir al árbol y coger el güiro. Observó que estaba perforado y con espanto creyó ver en su interior el cadáver del hijo adorado. Fue tan grande el dolor y tan intensa la emoción, que se sintió desfallecer y el güiro se escapó de sus manos, cayendo al suelo; al romperse vio con estupor que del güiro salían peces, tortugas de distinto tamaño y gran cantidad de líquido, desparramándose todo colina abajo. Acaeció entonces el mayor portento que Guanaroca viera: los peces formaron los ríos que bañan el territorio de Jagua, la mayor de las tortugas se convirtió en la península de Majagua y las demás, por orden de tamaño, los otros cayos. Las lagrimas ardientes y salobres de la madre infeliz, que lloraba sin consuelo la muerte del hijo amado, formaron la laguna y laberinto que lleva su nombre: Guanaroca.

LA VENUS NEGRA

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

A los diez años de fundada por De Clouet la colonia “Fernandina de Jagua” y a suplicas suyas le concedió “Don Fernando VII por la gracia de Dios, Rey de Castilla etc...” residente ala sazón en Araujuez, en 20 de mayo de 1829, el Título de Villa de Cienfuegos por ser el paraje más adecuado de aquella población, como para perpetuar en la propia colonia el apellido del digno Capitán general de la Isla que fue Don José Cienfuegos, ya difundido, autor y protector de tan útil establecimiento, etc”

Aquel grupo de colonos escogidos para fomentar la población de la costa de la anchurosa y espléndida bahía de Jagua una vez establecidos, construidos sus bohíos y empezada a cultivar la tierra, dieron comienzo tanto por vía de recreo como por el natural deseo de conocer cuanto les rodeaba, así como obtener los útiles productos de la pesca y la caza, excursiones y paseos por la extensísima bahía, rival de la de Nipe, visitando sus puntas, ensenadas, cayos, ciénagas y remontando sus ríos, hallando por doquier motivos de admirarse y sentirse satisfechos del lugar incomparable que habían ido poblar.

No eran por cierto los primeros pobladores. Antes de ellos habían vivido allí, por innumerables generaciones, los indios siboneyes desaparecidos por los rigores de la colonización que no supo tener en cuenta la idiosincrasia de aquella gente sencilla no acostumbrada al trabajo rudo. Como raza primitiva, al desaparecer no dejó más vestigios que el recuerdo de sus costumbres, de su idioma y de sus tradiciones.

Uno de los cayos que primero visitaron los colonos, fue el denominado Cayo Loco, llamado también Cayo Guije, situado dentro del mismo puerto. Se supone que dicho cayo ha sido formado por los residuos de tierras y vegetales arrastrados en las corrientes y avenidas de los ríos,

ayudadas por el flujo y el reflujo del mar, y los vientos reinantes. Tal por lo menos parece ser su formación según la ciencia. La explicación de la tradición siboney es muy distinta. Recordará el lector la leyenda de Guanaroca. Hamoao, el primer hombre, por celos encerró a su tierno hijo Imo o Imao dentro de un guiro, que colgó de un árbol. Cuando la madre, Guanaroca, la primera mujer descubre el guiro, se le cae de las manos, saliendo de él varios peces y tortugas de diverso tamaño. Los peces se convirtieron en los ríos que desembocan en la gran bahía de Jagua, la tortuga mayor en la península de Majagua y las demás en los diversos cayos. El Carey o tortuga mayor, en la lucha con un gran pez o monstruo marino, hubo de perder la pata izquierda, que ya desprendida, flotó en el agua y se convirtió en “Cayo Loco”. Entre la explicación geológica y la mitológica, queda la libertad al lector de escoger la que mas se acomode a sus gustos e inclinaciones.

Una sorpresa les estaba reservada a los colonos cuando por primera vez visitaron a Cayo Loco. Encontraron viviendo en el una mujer negra, en plena juventud, sin mas vestidos que los que le dio la pródiga naturaleza. Era de formas irreprochables, y las líneas de su cuerpo tan perfectas, que el artista mas exigente la hubiera considerado como un modelo de belleza femenina. Fue tal el efecto estético que su aspiración causo entre aquellos colonos que la bautizaron con los nombres de “La Venus Negra” y “La Belleza de Ébano”, generalizándose, más el primero.

A la vista de los colonos, huyó la mujer, no por pudor sino por miedo. Corrieron tras ella, logrando darle alcance, pero a cuantas le hacían permanecía sin responder, mirándoles con sus grandes ojos espantados. Creyeron al pronto que no entendía los idiomas en que se le interrogaba, pero mas tarde pudieron convencerse que no hablaba por que era muda.

Aunque era la única moradora de aquel Cayo, y a nadie tenia que agradar, como no fuera a ella misma, adornada s espléndida desnudez-mujer al fin- con collares y pulseras formados por sartas de semillas de bejucos y árboles y de conchas y caracoles marinos.

Hemos dicho que vivía solitaria y la expresión no es del todo exacta. Tenía dos alas compañeras: una garza azul y una paloma blanca, de tal modo domesticadas, que a todas partes con ella iban, pasándose generalmente en sus hombros la última, sirviéndole de avanzada la primera. Y era curioso ver como las graciosas aves sacudían las alas alargando el cuello ponían el pico en la boca de su ama, como una muda acaricia.

LA VENUS NEGRA

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

Uno de los colonos movido a compasión llevo a su casa a la Venus Negra, dióle de comer y le proporciono vestidos. El hombre pensó que como recompensa a su acto compasivo, la hermosa negra, complaciente haría los trabajos que se le ordenaran; que es cosa bastante común que tras una aparente filantropía se oculte el egoísmo y se preste un favor con miras a la recompensa. La Venus Negra, que había nacido para vivir libre y sin trabas en plena naturaleza, al verse cautiva con el pretexto de hacerle un bien, no pudiendo protestar con la palabra, lo hizo con los hechos, que es protesta todavía más elocuente. Acurrucada en cualquier rincón, allí estaba horas y más horas, negada pasivamente a levantarse, a trabajar y a comer. Pasaban los días, enflaqueciendo de manera alarmante, y ante el temor de que pereciera de hambre, el colono la llevó de nuevo a Cayo Loco, para que continuara viviendo allí en libertad, en compañía de sus fieles y aladas compañeras, alimentándose de frutas silvestres y de pájaros que con habilidad cazada, cangrejos, ostras, almejas y otros mariscos que pródiga la playa le suministraba.

Cuantas veces los vecinos de Cienfuegos intentaron llevar a la Venus Negra a la vida civilizada, albergándola en sus casas y facilitándole vestidos, otras tantas se repitió su obstinada negativa de trabajar y de comer, por lo que acabaron por no molestarla, dejando que viviera como le diera su gana, reina y señora del solitario Cayo, teniendo por únicos súbditos a la garza azul y a la blanca paloma.

No es la Venus Negra uno de esos personajes de leyenda, más fingidos que reales, creados por la fantasía popular. La Venus negra fue un ser de carne y hueso, y de su existencia dan fe, entre otras personas, Don Pedro Modesto Hernández, el cienfueguero más conocedor de las pasadas y presentes de su amado terruño, y a quien debemos las

noticias y datos que nos han servido para la publicación de este libro.

Cuenta Don Pedro Modesto que allá por el año de 1876, siendo él niño, una tarde mientras desalojaba un gran convoy militar, entro sigilosamente en su casa una mujer negra, ya anciana. Su cabellera parecía una enorme mota de blanco algodón. Iba completamente desnuda , llevando solo un collar de cuentas azules, rojas y blancas.

Los familiares de Don Fernando, le proporcionaros vestidos que ella rehúso, teniéndose que recurrir a la fuerza para que se cubriese. Se le sirvió abundante y variada comida, absteniéndose de los alimentos condimentados y devorando con pasmosa rapidez plátanos, yucas y boniatos sin cocer. De buen grado dejaron que allí pasara la noche, y a la mañana siguiente, cuando fueron en su busca, hallaron solo los vestidos. Llevó únicamente su gran collar de cuentas, prenda que concider5a digna de su cuerpo.

Aquella mujer era la Venus Negra, a quien los años habían despojado de su juvenil belleza.Fue la última vez que se la vio. Desapareció misteriosamente y no se supo nunca más de ella.

Hoy la Venus Negra se ha convertido en un personaje de la leyenda, que encarna la muda protesta contra la esclavitud del negro. Es además la afirmación del ser salvaje que ama la libertad y no se acomoda a las trabas de la civilización. La fantasía popular, siempre poética y creadora afirma que la Venus Negra, en las noches sin luna , y con preferencia en las lluviosas que es mas segura la soledad y el silencio, abandona su desconocido retiro y vaga por los patios abandonados, por las calles solitarias, llevando consuelo a los desvalidos y sueño reparador a los que padecen.

ORNOYA

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

Jagua se dispone a honrar a su héroe, el vencedor del fiero y temible cacique de Lucayas, Ornoco.

El nombre de Ornoya está en todos los labios: lo pronuncian los ancianos con orgullo, los jóvenes guerreros con admiración, los niños con alegría, con agradecimiento las madres y con amor las doncellas.

El anciano cacique siboney quiere premiar como se merece al intrépido caudillo.

En el extenso batey, rodeado de frondosas ceibas, esbeltas palmas y cimbreantes cañas-bravas, bullía la gente en espera de la gran ceremonia con que se iba a honrar al héroe. El Cansí, o mansión del cacique, situado frente al batey, estaba adornado con mantas de algodón de múltiples colores, formando a un lado amplio dosel, bajo el que se hallaba, sentado en un dujo labrado, el cacique siboney, rodeado del behique principal, los ancianos más notables y otros miembros de su corte.

Sonaron a distancia los cobos y oyéronse voces lejanas entonando himnos guerreros. La muchedumbre se replegó dejando libre parte del batey, apareciendo a poco en su extremo cuatro indios jóvenes que soplaban de vez en cuando en los roncós y estruendosos caracoles. Seguían los guerreros, y venía Ornoya con su más brillante plumaje y cubriéndole la espalda rico manto salpicado de finas conchas, en el cuello un collar de gruesas y nacaradas cuentas y con ajorca de oro en las muñecas. Tras él, caminan abatidos, las manos atadas a la espalda, bajos los ojos, hosca la mirada, los seis caciques vencidos, de los que hacen escarnio y mofa los espectadores. Cierra la marcha numeroso grupo de guerreros siboneyes, que van entonando canciones de guerra y armados unos de lanzas, otros de macanas y todos con el carcaj lleno de flechas y el gran arco pendiente de la cintura.

Al paso de Ornoya, le saludan con vítores y arrojan a sus pies hojas y flores. Las madres levantan a sus hijos para

que vean mejor al héroe y las doncellas le sonríen mimosas y admiradas.

Al llegar frente al cacique, intenta Ornoya prosternarse, pero impídelo aquel y le habla así:

- El hijo de Huoion no debe arrodillarse ante ningún mortal. Tu padre te envió para que salvaras a los moradores de Jagua de las invasiones y saqueos de los fieros lucayos. Tú cumpliste como bueno. Llevaste tus hermanos a la victoria y venciste en noble lid al osado y temido cacique Orconoy que ya no llevará el terror y la desesperación a nuestros lares. El pueblo de Jagua te saluda y te honra por su salvador, y tus proezas transmitidas de generación en generación, perpetuadas por la leyenda, llegarán a las edades por venir, quedando tu nombre inmortalizado en la tierra, para ejemplo de los que defienden la seguridad del hogar y la libertad e independencia de la patria.

Dicho esto, se quitó el collar y se lo puso a Ornoya, a la vez que le hacía el regalo de su maciza macana. Sentóse el joven guerrero al lado del anciano cacique, y dieron principio los populares festejos.

Comenzó un juego de batos, dirigido por el tequina o jefe. Los dos bandos, compuesto uno de muchachos y otro de doncellas, alineáronse frente a frente, y a una señal del tequina la pelota fue lanzada al aire, siendo devuelta de grupo a grupo, cuidando los jugadores de cogerla en el aire, antes o después de rebotar en el suelo. El bando que no lograba devolverla, perdía un tanto.

Siguiéronse los bailes y los cantos, acompañados de atabales, contruidos de madera hueca, de pitos hechos de bejucos y de guamos, o caracoles grandes a los que se hacía un agujero. El samba, director del canto, entonaba la primera estrofa de un romance, de música cadenciosa y monótona, que luego repetía el coro. Primero danzaron las doncellas, que desplegaron todas sus gracias y seducciones en honor de Ornoya, luego los hombres y, por último, unas y otros a la vez.

El postrer acto de la fiesta, consistió en simulacros guerreros. Aparecieron los dos bandos, cada uno con su jefe, colocáronse frente a frente y a una señal del cacique, simulaban acometerse con sus lanzas y macanas, moviéndose con rápidas evoluciones para dar y para evitar el golpe de las armas.

Despedía el sol sus últimos rayos desde la vecina sierra, cuando terminaron los populares festejos, y como postrer honor al invencible guerrero, todo el pueblo de Jagua, reunido en el amplio batey, gritó clamoroso por largo rato: ¡Ornoya! ¡Ornoya! ¡Ornoya!...

Y el eco repetía la voz como si quisiera eternizar el nombre glorioso, para que de él supieran otras épocas y otras razas.

EL CRISTO DE LA VEREDA

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”, de Adrián
 del Valle, 1919.)**

No fue muy dado el gobierno colonial a la construcción de caminos y carreteras, con grave quebranto del país, que no podía aprovechar sus riquezas y recursos naturales, con notoria incomodidad de sus pobladores, que para ir de un lugar a otro de la Isla tenían que hacer penosas marchas, no exentas de peligros.

Esos inconvenientes, no impidieron que la vecina Trinidad, - cuya fundación ordenó en 1514 D. Diego Velásquez de Cuellar, el Conquistador de Cuba, precisamente mientras visitaba el puerto de Jagua- lograra prosperar gracias a su situación marítima, a la laboriosidad y espíritu emprendedor de sus habitantes y a los beneficios que reportaba del contrabando en una época de rigurosas prohibiciones comerciales. Por inverso motivo acrecentóse su prosperidad al declararse libre el tráfico comercial y al fomentarse en jurisdicción cafetales e ingenios.

En la época a que se refiere la leyenda del Cristo de la Vereda, -Trinidad conservaba su antiguo esplendor y riqueza, que la habían hecho famosa en Cuba y fuera de ella. Todavía no existía el ferrocarril a La Habana y la navegación por mar hasta Batabanó era difícil, tardía, e insegura, por cuyo motivo los trinitarios para trasladarse a la Capital tenían que hacerlo por el antiguo camino de Trinidad a La Habana, pasando cerca del Castillo de Jagua, la Milpa, Pasa Caballos y Las Auras. Éste último lugar fue el que habitaron, allá por el año de 1511, los virtuosos protectores de los siboneyes Bartolomé de las Casas y Pedro de la Rentería, que tanto hicieron a favor de los indios.

Cierto día sorprendió a unos pasajeros, la misteriosa aparición de un Cristo de tamaño natural, que pendía de gruesa y tosca cruz formada con el tronco de un almácigo. Despertóse la curiosidad, y ya no fueron solo los caminantes

obligados a pasar por allí los que se detenían admirados y contritos, sino curiosos venidos de lejanos lugares que se habían enterado de la divina aparición. No tardaron en atribuirle acciones milagrosas, que los hechos parecían confirmar. El bondadoso Cristo dispensaba su protección a los caminantes y restituía la salud a los enfermos. Por si esto no fuera bastante, se decía que socorría, con largueza, a los pobres que humildemente se acercaban a él y postrados a sus pies le pedían alivio para sus males, restitución de su salud y remedio a sus escaseces y penurias. La fama milagrosa del Cristo de la Vereda se extendió rápidamente por todo el territorio de Jagua, pasó la Sierra, invadió el Valle del Táyaba y el territorio que después se llamó de Las Villas, y afluyeron al venerable lugar gentes de todas clases y condiciones, en busca unos de salud, en demanda otros de dineros y solicitando algunos las dos cosas.

Desgraciadamente, no todo es ventura ni hay dicha completa en este mundo. No es, pues, de extrañar que a todo bien acompañe un mal, y que en cumplimiento a esa ley, junto la aparición del milagroso Cristo de la Vereda, dispensador de bienes, hicieran sentir también su presencia otros misteriosos personajes, nada santos por cierto, que se dedicaban a la muy humana tarea de desvalijar al prójimo y apoderarse de cuanto llevaba.

Mientras el milagroso Cristo, solícito y bondadoso, curaba al enfermo por medio de la cristalina agua que al pie de la cruz brotaba y pródigamente socorría al menesteroso depositando sigilosamente en las alforjas o en las cañoneras de su montura algunas monedas, los otros personajes, ocultos en la manigua o en las escabrosidades del monte, esperaban el paso del confiado caminante para despojarlo de su bolsa y de cuantas prendas de algún valor llevaba. Los asaltos y robos fueron tantos, que contadas eran las personas que se atrevían a transitar por aquellos lugares sin ir acompañados de amigos o con una escolta de criados armados, única manera de evitar una agresión por parte de los bandoleros.

A los asaltos y robos siguieron algunos secuestros efectuados con atrevimiento e impunidad en las fincas inmediatas, llegándose a producir entre los pobladores de aquellos contornos un estado de temor e intranquilidad.

Gobernaba la Isla en aquellos calamitosos tiempos, el sucesor de Ricafort y antecesor de Ezpeleta, un famoso general que, servil en España y tirano en Cuba, fue el primero que sembró durante los años que gobernó, de 1834 a 1838, la discordia entre insulares

EL CRISTO DE LA VEREDA

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
de Cienfuegos”**, de Adrián
del Valle, 1919.)

y peninsulares, el que se opuso a que las libertades constitucionales fueran establecidas en la colonia, y también el que con mano dura de procónsul corrigió abusos, puso freno al juego, encarceló y deportó a la gente maleante y persiguió con éxito a los ladrones y salteadores de caminos.

Sucedió, pues, que una mañana, los que se veían obligados a transitar por los peligrosos lugares de referencia, fueron sorprendidos por el macabro espectáculo de un hombre, ya cadáver, pendiente por una cuerda de las ramas del añoso almácigo. La brisa matinal hacía oscilar levemente el cuerpo, alrededor del cual revoloteaban auras hambrientas.

¿Se trataba de un suicidio, de un crimen, de un acto de venganza o de justicia?... Difícil era acertar lo sucedido. Lo que estaba fuera de duda para algunos era que el ahorcado, a juzgar por su cara y su cuerpo, resultaba ser el mismísimo crucificado de la Vereda.

Por supuesto que no pasaría de ser una ilusión de quienes tendrían más de incrédulos que de creyentes, pero lo cierto es que desde el día en que apareció aquel hombre ahorcado, cesaron los robos y asaltos a mano armada que tan peligroso hacían el tránsito por Las Auras a La Sierra, y, lo que era más extraordinario e inexplicable, cesaron los milagros que hacía y la protección que dispensaba el Cristo de la Vereda. Y de ahí como por la eterna ley de los contrastes y de las compensaciones, del mismo modo que tras un bien había surgido un mal, sucedió que con la supresión de éste sobrevino la anulación de aquél. A buen seguro que algunos pobres que recibieron dádivas, echarían de menos a los bandidos que asaltaban y secuestraban a los pudientes.

Las malas lenguas que dieron en decir que el ahorcado tenía la misma cara del Cristo, aseguraron después que un socio y canario paisano de aquél se aprovechó del fruto de sus robos, rapiñas y secuestros. Durante años, grandes sumas del dinero obtenido por tan ilícitos medios, estuvieron guardados en botijas, antiguos envases de aceite de oliva, escondidas en un pozo negro del batey de cierta finca. En los comienzos de la guerra de 1868, las botijas fueron sacadas y rotas, y con parte del dinero que contenían se compraron canterías con las que se edificó una casa de la que se dice que en ella vaga errante y penando, el alma pecadora del Cristo de la Vereda. Otra parte del dinero, la mayor, se gastó en pleitos y papel sellado según los supersticiosos, que creen no aprovecha el dinero mal habido, lo que desgraciadamente no parecen confirmar los hechos. Los incrédulos, que por serlo no tienen fe en los designios justicieros de la Providencia, están convencidos, sin que sepamos nosotros en que fundan su aserto, que el dinero en cuestión está bien guardado en las cajas de un banco en el extranjero, de triste recordación para Cuba.

¿Quién está en lo cierto? ¡Vaya usted a saber! En esas delicadas cuestiones en que están tan íntimamente mezcladas la historia y la leyenda, es difícil llegar a una solución concreta y el narrador imparcial - y como tales nos tenemos - debe limitarse a exponer las opiniones, sin determinarse por ninguna.

Contentémonos, pues, con saber que hubo un Cristo de la Vereda que hacía dádivas, contemporáneo de un bandido que asaltaba y secuestraba, y que siendo al parecer dos personas distintas, no faltaron quienes la supusieron una sola.

JAGUA

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

Hamao, con los celos que en su corazón sembrara el dios del mal, había sentido el primer dolor; Guanaroca, con la pérdida de su hijo, la pena primera y la más grande que una madre puede sufrir. Hamao comprendió tardíamente lo irracional de sus celos y llegó a vislumbrar el amor de padre. Guanaroca perdonó, y tras el perdón vino su segundo hijo: Caunao.

Tranquila y feliz fue su infancia, bajo la constante protección de la madre cariñosa. El niño se hizo hombre, y comenzó a sentirse invadido de vaga inquietud, de profunda tristeza. No podía darse cuenta de aquel su estado de ánimo, que le hacía indiferente la vida. Un día, al volver a su solitario bohío, detúvose a contemplar a dos pajaritos que en la rama de un árbol se acariciaban. Entonces comprendió el motivo de su pena. Estaba solo en el mundo, no tenía una compañera a la que acariciar y de la cual recibir caricias, a la que pudiera contar sus penas, sus alegrías, sus ilusiones, sus esperanzas.

Solo existía en la tierra una mujer, pero ésta era Guanaroca, la que le había dado la existencia.

Vagando por los campos, trataba en vano de distraer su soledad, y se fijó en un árbol lozano, de bastante elevación y redondeada copa.

De sus ramas pendían los frutos en abundancia, frutos grandes y ovalados, de color pardusco. En plena madurez muchos de ellos, se desprendían del árbol y caían al suelo, mostrando algunos, al reventar, su carnosidad sembrada de pequeñas semillas.

Caunao sintió un deseo irresistible de probar aquel fruto, y cogiendo uno de los más hermosos, le hincó, ávido, los dientes. Su gusto era agri dulce, y siéndole grato al paladar, halló en aquel manjar extraño que de manera prodiga le ofrecía la naturaleza, abundante y regalado alimento.

Tanto le gustó, que fue a su bohío en busca de un catauro de yagua, con la intención de llenarlo con los raros y para él sabrosos frutos.

De vuelta, empezó Caunao por reunirlos todos en un montón, e iba a empezar a colocarlos en el catauro, cuando un rayo de luna, hiriendo a los frutos en desorden amontonados, hizo brotar de ellos un ser maravilloso, de sexo distinto al de Caunao.

Era una mujer.

Mujer joven, hermosa, risueña, de formas bellamente modeladas; de piel aterciopelada, color de oro; de ojos expresivos, grandes y acariciadores; de boca roja y sonriente; de larga, negrísima y abundante cabellera.

Caunao la contempló con éxtasis creciente. Como por encanto sintió que de su corazón huían la tristeza y la melancolía, expulsadas por la alegría y el amor. Ya no cruzaría solitario el camino de la vida. Tenía a quien amar y de quien ser amado.

Aquella hermosa compañera surgida, al contacto de un rayo lunar, del montón de la madura fruta, era un presente de Maroya, la diosa de la noche, que del mismo modo que había disipado la soledad de Hamao, el primer hombre, enviándole a Guanaroca, la primera mujer, quería también alegrar la existencia de Caunao, el hijo de aquéllos, haciéndole el regalo de otra mujer.

Caunao la amó desde el primer momento con todo el ardor de que era capaz su joven corazón sediento de caricias. La hizo suya y fue madre de sus hijos.

Aquella segunda mujer se llamó Jagua, palabra que significa riqueza, mina, manantial, fuente y principio. Y con el nombre de Jagua también se designó el árbol de cuyo fruto había salido la mujer, y por cuyo hecho se le consideró sagrado. Jagua, la esposa de Caunao, fué la que dictó las leyes a los naturales, los pacíficos siboneyes, la que les enseñó el arte de la pesca y de la caza, el cultivo de los campos, el canto, el baile y la manera de curar las enfermedades.

Guanaroca fué la madre de los primeros hombres; Jagua la madre de las primeras mujeres. Los hijos de Guanaroca, madre de Caunao, engendraron en las hijas de Jagua; y de aquellas primeras parejas salieron todos los humanos seres que pueblan la tierra.

Según la tradición dominicana, Cihualohuatl, la mujer culebra, fué la Eva mitológica que daba a luz de dos en dos, siempre varón y hembra, para facilitar así la reproducción y perpetuación de la especie.

La tradición siboney es mas moral. Guanaroca, la Eva cubana, solo tiene hijos varones, y a su vez Jagua, la segunda Eva, solo hembras, uniéndose luego unos y otras por parejas para la reproducción.

PAMUÁ

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

- Eres tan llorón como Pamua.
- Si, es una niña preciosa, pero hija es la tan criatura, mas llorona que Pamua.
- Es un pechicato y un pedigüeño como Pamua.
- No me importunes, eres tan majadero como Pamua.
- Ten cuidado con Juan, es mas soplón que Pamua.

Y siempre Pamua ...

¿Quién sería el personaje con tanta frecuencia nombrado, y que por lo mi oído había batido el record de las lagrimas, pedidos y majadería, y que además adolecía del grave defecto de ser delatador?

Para conocer su historia busque su nombre en diccionarios biográficos. Nada encontré. Hice iguales investigaciones en enciclopedias y obtuve idéntico resultado. Cuando ya me disponía a preguntar a nuestra Academia de la Historia, me entere por un anciano y antiguo amigo de la casa, que Pamua había sido un tipo popular local, de los primeros tiempos de la colonia. Nada más pude obtener. Dedíqueme entonces a inquirir de unos y otros noticias de tan asendereado personaje y tomado datos de aquí y de ala he logrado saber algo de su carácter y costumbres.

No me propongo escribir su biografía, pues no merecería el nombre de tal narración de los hechos de u hombre del cual se ignora quiénes fueron y como se nombraban sus progenitores, su verdadero y legitimo nombre, el lugar de su nacimiento, permaneciendo aún envuelto en el misterio el pueblo, villa o ciudad donde reposan los restos mortales del célebre personaje.

Pamua, corrupción o mala traducción de la frase francesa pour-moi, para mi, dio nombre al individuo conocido también como el apodo de Lagrimita.

Nadie sabe a ciencia cierta la fecha en que Pamua lleo a Fernandina de Jagua. Unos aseguran que fue compañero de viaje de Don Luis y de los primeros colonos procedentes de Burdeos. Otros, que lleo algún tiempo después, en la expedición que algún tiempo después, en la expedición de Nueva Orleans arribo el año 21. Y no faltan quienes aseveren que vino en una goleta de Santiago de Cuba, y no pocos, que procedía de santa Clara. Pero si dudosas son las noticias de cuándo y cómo vino a Fernandina de Jagua, no lo son menos las del lugar de nacimiento, y , en lo único que están todos contentos es que no nació bajo el cielo de cuba.

Era Pamua hombre de elevada talla, delgado, recio, casi atleta, un jayán que había pasado ya la media rueda; de pequeña cabeza huesuda, ojos verdosos y cloróticos, nariz achatada, boca grande, dos caninos en la mandíbula superior y cuatro incisivos largos y amarillentos formaban toda su dentadura; ralo, largo y canoso el bigote; en la barbilla cuatro o seis ásperas, rígidas y albas cerdas, pelo corto y entrecano formaban su cabellera.

Su traje era casi siempre un viejo y raído casacón militar demasiado ajustado al cuerpo, corto de mangas, que indicaba que el difunto había sido menor, conservaba algún que otro botón dorado, completaban su vestimenta un sombrero de de filtro, pantalones de lanilla de corte también militar. Calzado solo usaba el que Juan ripio le diera al nacer aumentando de tamaño por el uso.

Tipo popular, ridículo y temido a la vez por que según las malas y buenas lenguas era piquito de oro que cantaba diariamente en los oídos del Fundador todo cuanto pasaba en la Fernandina de Jagua.

Tenia la difícil habilidad de derramar lagrimas a voluntad que utilizaba con gran provecho en su favor, y que hubieran envidiado las antiguas plañideras y lloronas. Por todo y por nada su desmesurada boca daba paso a quejidos lastimeros y de sus ojos manaban arroyos de lágrimas, despertando con estos recursos los sentimientos caritativos o el temor de los colonos, sacando siempre lasca o astilla y consiguiendo lo que pedía. Con esto y con lo de Don Luis le socorría conseguía ir tirando y hasta lleo a creerse que logro reunir unos cientos de reales sevillanos.

Su andar cauteloso de felino, su mirada recelosa completaban su físico de intrigante y denunciador.

PAMUÁ

(Tomado del Libro:
**“Tradiciones y leyendas
 de Cienfuegos”**, de Adrián
 del Valle, 1919.)

Servía a Don Luis, y este tenía en él fuente abundosa la información policíaca hasta que un día quiso por su mala suerte meter en enredos a cierto francés, sastre de profesión, encargado de conservar el orden en la colonia y uno de los valerosos defensores en la batalla de los yuquinos.

Celoso del buen nombre de su taller, lo era mucho más de su honra, a tal punto, que según habladurías de las gentes de aquel tiempo veía visiones, cosa hasta cierto punto justificada. Tenía, según cuentan, el sastre por compañera una francesita.....la mujer más hermosa que ojos cienfuegueros vieran, alta, airosa, de elegante vestir, de ondulante y dorada cabellera, ojos de puro azul de cielo, labios de coral que guardaban cautivas, hermosas perlas, cuello de anabe, brazos de diosa, manos de sílfide, senos.... No prosigo por no caer en la exageración de los que me la describieron. Solo añadiré que para colmo de perfecciones, tenía la tal madama voz tan dulce y bien timbrada, que ya la quisieran los ruiseñores para cantar sus amorosas endechas, Era tal prodigio de encantos y belleza en cuanto a gracia y simpatía digna de ser trigueña y cienfueguera.

Como la francesita se daba cuenta cabal de su valer le gustaba ser admirada, se pasaba gran parte del día en la ventana y en ella recibía los saludos, frases de halagos y visitas y entre estas las de Pamua o Lagrimita con sus eternos pedidos de pa mua .

Era este como ya se ha dicho, confidente, protegido y correveidile del Fundador, que aunque Gobernador, cristiano y Gran Señor tenía fama de haber sido en sus mocedades amigo de rondar rejas y ventanas y de casar en soto ajeno.

Con tal tesoro por mujer, con las visitas de Pamua y la fama del Fundador en asuntos de faldas, cualquiera, puesto en

lugar del sastre hubiera tomado las precauciones. Así lo hizo Monsieur y despidió a cajas destempladas y tambor batiente, amonestando amorosamente a su Madama; pero ni el uno ni la otra se enmendaron ni aun se dieron por aludidos. El francés entonces cambio la táctica y con halagos consiguió atraerse a Pamua, si es que era necesario halagarlo para tenerle siempre como mosca importuna. El majadero visitante obtenía del sastre hoy una hebilla, mañana un botón, así sucesivamente hasta que le pidió una casaca.

Este se la ofreció muy cumplida y simulo tomarle medidas prometiéndole que el domingo a mas tardar y antes de misa se la probaría.

Llegado el domingo y al pasar los feligreses por frente a la puerta del sastre, que dicho sea de paso ostentaba en la puerta una gran muestra que decía: “Sastre francés de S. M el Rey y el Emperador”, notaron que la tienda permanecía cerrada y que en su interior se oían súplicas, sollozos y ayes lastimeros, y por ellos reconocieron que quien suplicaba y que por ellos reconocieron que quien suplicaba y lloraba quejumbrosamente era Pamua. Todos, el que mas o l que menos pensaba:

- Hoy le toca al sastre sufrir las importunas peticiones de Pamua.

Y algun que otro en voz alta, para que fuera oída, decía:

- No sedas, Maestro, No te ablandes Musiu

Se supo después que el sastre había medido y probado en el cuerpo de Pamua unos cujes de guayabo cortados en el inmediato sitio de San Alejandro, amenazándole que si volvía a verle por los contornos de su casa, las auras celebrarían suntuoso banquete en las playas de Juan Marsillan.

De los escarmentados nacen los avisados y Pamua tomo las de Villego, sin que hasta el presente e hayan tenido noticias de su paradero. Unos aseguran que Pamua , como alma que se lleva el Diablo, aquella misma tarde del domingo y sin decir adiós a su protector ni despedirse de nadie tomo camino de Trinidad, donde murió; y otros que consiguió camino de Santiago de Cuba, en cuya ciudad termino sus azorosos días en una Casa de Misericordia.

Y dicen que dicen que Don Luis de Docluet jamás se consoló de la perdida de su fiel Pamua.

LA TATAGUA

(Tomado del Libro:
“**Tradiciones y leyendas
de Cienfuegos**”, de Adrián
del Valle, 1919.)

Aipirí era una hermosa mestiza de Jagua prehistórica. Presumida, coqueta, parlanchina, muy dada a engalanarse con prensas de vivos colores, piedras y conchas, zarcillos y pulseras de guanín y adornarse la cabeza con flores del rojo más vivo para distinguirse de las demás mujeres y llamar la atención.

¡Qué linda era Aipirí!

Esbelta, trigueña, de abundosa cabellera negra y ojos rasgados, de mirar insinuante, acariciador, provocativo. Gustaba con pasión del cantó y del baile. Su mayor placer era asistir a fiestas y diumbas, o guateques, donde podía lucir su melodiosa voz y sus gracias de hábil bailarina.

Requerida de amores por un siboney gran cazador, unió a él sus destinos y hubiera formado un hogar modesto y apacible, pero feliz, si sus aspiraciones se hubieran concretado a las de una mujer hacendosa, amante de su esposo y de sus hijos. Pero Aipirí no se contentaba con eso.

No había nacido para llevar una vida tranquila, al cuidado de la casa y de la prole. Amaba demasiado las diversiones, los placeres, los cantos, los bailes, los adornos, los halagos, las alabanzas. Así sucedió que, al poco tiempo, el hogar fue para ella un martirio y apenas había dado a luz el primer hijo, sintió la nostalgia de sus bulliciosos días de doncella, sin que cautivaran su corazón las gracias del tierno infante. Luchó al principio y quiso sustraerse a la tentación. Pudo más el instinto de su naturaleza voluntariosa y bravía que el amor de madre, y empezó por ausentarse un rato del hogar, después fue más larga la ausencia, hasta que llegó a ser más el tiempo que estaba fuera de la casa que dentro de ella. Y mientras el niño, abandonado, lloraba, la desnaturalizada madre pasaba el tiempo en alegre marcha con los vecinos o asistía a reuniones y fiestas, entreteniendo a la gente con los encantos de su voz y las gracias de sus bailes. Cuando la tarde caía volvía a su casa, poco antes que llegara el marido de su diaria y penosa excursión por los montes en busca de sustento.

Tras un hijo vino otro, y otro hasta seis, pero no varió la conducta la olvidadiza madre. Continuaba haciendo sus furtivas y largas escapatorias, sin que el confiado marido se enterara. Los niños, constantemente abandonados, pasaban hambre, crecían en medio del mayor abandono y miseria, adquirían malos hábitos y continuamente lloraban atronando el espacio con su eterno guao, guao, guao.

Como el bonito bohío se levantaba solitario en medio del campo, no temía Aipirí que el lloro de los niños molestara a los vecinos ni que estos la delataran al marido. No contaba con Mabuya, el genio del mal, que está en todas partes y a quien hace poca gracia los llantos continuados, inacabables de los niños. Hay que reconocer que tiene motivos para ello, pues solo la paciencia de una madre sufre con resignación la música poco grata del llanto de los hijos.

Mabuya, cansado de oírlos y viendo que sus llores no tenían fin, como tampoco lo tenían los bailes y diversiones, ausencias y olvidos de la madre, temió quizá que aquellos niños malcriados fueran cuando mayores tan desalmados, crueles e inhumanos como él. En un arrebató de mal humor los transformó en arbustos venenosos, conocidos hoy con el nombre de guao.

En el reino vegetal, es el guao algo así como un estigma, árbol seco y estéril, su resina y hojas producen al contacto, hinchazón y llagas, y aún se asegura que su misma sombra es dañina. En eso vinieron a parar, según la tradición, los hijos de Aipirí, por culpa de la desnaturalizada madre.

Si el espíritu del mal hubo de castigar en los hijos la falta de su madre, el espíritu del bien, más justiciero, impuso un correctivo a la causante del daño, que debía servir de ejemplo. Transformó a Aipirí en Tatagua, mariposa nocturna de cuerpo grueso y alas cortas, conocida también con el nombre de Bruja.

Es creencia bastante generalizada que las brujas o grandes mariposas de color oscuro tienen significación maléfica, anunciando allí donde entran, alguna desgracia y aún la muerte de un familiar. Es una adulteración del significado verdadero que le atribuye la tradición a la tatagua o bruja cuando se introduce en una casa y revoloteando se posa dentro de ella.

Según esa tradición, al transformar el espíritu del bien a la madre que olvidó sus deberes, en la mariposa nocturna, lo hizo para que ésta, al aparecerse a las madres, las advirtiera de lo sagrado de sus obligaciones, y que jamás, por asistir a fiestas, bailes ni diversiones, debían dejar abandonados a sus tiernos hijos.

Madres cienfuegueras buenas y santas que dedicáis vuestros desvelos al cuidado del fruto de sus entrañas, cuando veáis alguna tatagua en el hogar debéis pensar si ha quedado incumplido algún deber en las alteraciones y cuidados maternos.

AGRADECIMIENTOS

Carlos Venegas Fornias,
investigador de historia urbana

Iran Millán,
director de la Oficina de Conservador
de la ciudad de Cienfuegos

Roxana Labairu,
subdirectora de la Oficina de Conservador
de la ciudad de Cienfuegos

***Delegación del Ministerio
de Turismo en Cienfuegos***

Personal Hotel Unión

Yander Zamora,
fotógrafo



© Meliá Cuba 2018